SS

SERVICIO SECRETO

BB

# EL TRIBUTO DE LA MUERTE

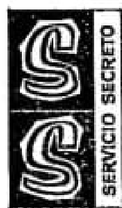
a. rolcest

# EL TRIBUTO DE LA MUERTE

A. ROLCEST

# EL TRIBUTO DE LA MUERTE

1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1962




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 12868 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 1930/62

## ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
745.—La trampa abierta. 749.—La soga de hierro. 755.—La prueba del fuego.

En Colección BUFALO:
404.—Magos del "Colt". 427.—El látigo dorado. 431.—Cesó la tregua.

En Colección SERVICIO SECRETO:
605.—Noche amarilla. 614.—La ofrenda del diablo. 623.—La muerte viste de blanco.

En Colección PANTERA:
63.—Horda sin Ley. 71.—Arenas malditas. 78.—Honderos de fuego.

En Colección TEXAS:
222.—El rastro de la fiera. 225.—Sonrisa "Colt". 258.—Horas sin ley.

En Colección CALIFORNIA:
258.—Pasto en la tumba. 272.—Llamó el plomo. 290.—El as negro.

En Colección COLORADO:
215.—Alud de plomo en el valle. 225.—Mano ágil. 237.—La carrera del caballo muerto.

En Colección KANSAS:
176.—No hubo cobardes. 180.—La muerte señala. 187.—La horca puede esperar.

En Colección ASES DEL OESTE:
136.—La imposible retirada. 140.—Bajo el signo del odio. 164.—Línea de la muerte.

En Colección BRAVO OESTE:
58.—El paso de las calaveras. 62.—La ley para todos. 75.—El rodeo de Gerkel.




## CAPÍTULO PRIMERO

En el continente americano habían hecho tres escalas, a simple vista un poco absurdas. Primero, en un aeropuerto costero situado muy al sur, adonde llegaron con los depósitos de combustible casi vacíos.

Había aeropuertos más propicios para repostar. De allí, inmediatamente volaron hacia el interior. Y otro aterrizaje, este aparentemente innecesario, en un insignificante aeródromo casi en la divisoria de Bolivia y Brasil.

Allí reposaron hasta que volvió a ser de noche. Cuando de nuevo aterrizaron, estaban en Méjico.

A pesar de que rehuían los aeródromos frecuentados, en ninguno de los puntos que tocaban parecían extrañarse de la ruta de la potente aeronave. Ni de su carga.

En la última escala hubo revisión por los agentes de aduanas. Todo estaba en regla.

Lo único que los agentes rehusaron revisar a fondo fue el féretro en el que iban los restos de un ciudadano norteamericano, muerto en Thailandia, donde tenía un negocio de hotelería.

Solo miraron con extrañeza los pedruscos que había encima del féretro y a su alrededor.

—Son piedras de su región —explicó el tripulante—. Procede de una zona desértica de California... Y en Bangkok, rodeado de lujo, sintió la nostalgia de su inhóspita comarca e hizo que le enviaran tierra y piedras, con las que se hizo una cabaña en, su jardín. A su muerte, se le rodeó de esas piedras... Y a su comarca van sus restos.

Los aduaneros se miraron, sonrieron y encogiéndose de hombros, hicieron un jocoso comentario sobre los caprichos de los millonarios.

En el momento en que todo parecía dispuesto para salir, se descubrió avería en uno de los motores.

—Tendremos para toda la noche. Hay que buscar alojamiento en el pueblo —dijo Brand, el que estaba encargado de las mercancías.

Se dirigía a su ayudante, a Bud Eisner, el joven que hacía por primera vez el viaje en aquella aeronave. En Bangkok había sido enrolado en la tripulación, después que Bud sacó de un grave apuro a Brand, en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad.

—Sí, muchacho. Tenemos toda una noche libre… lejos del "fiambre". Ya me fastidia esa carga —dijo, con un principio de asco.

Bud Eisner simuló satisfacción, por alejarse de la macabra carga.

—¿Son frecuentes estos transportes?

—Bueno, sí… Según cómo se mire. Cuatro hemos llevado este año. ¿Te parecen muchos?

Bud Eisner hizo un gesto de repugnancia.

—¡Mucho!… Creo que nunca me acostumbraré. Cruzar el Pacífico, llevando a bordo a una momia, no es para que uno se sienta a gusto.

—Desde luego que no. Yo preferiría llevar explosivos ¡Pero qué se le va a hacer…!

Brand soltó una carcajada. En un coche del aeródromo salieron hacia el pueblo, mientras los compañeros de tripulación se quedaban en el aparato.

Durante las horas que estuvieron en el pueblo, Eisner hizo algo más que frecuentar con su compañero los distintos establecimientos de bebidas.

El pueblo tenía poco que ver. A las dos horas de estar allí, se les unió otro tripulante y entonces Bud Eisner se fingió cansado y dijo que se iba al hotel.

Contagió a sus dos compañeros, y estos le imitaron.

—Sí. Vamos a dormir. ¡Estas callejuelas que apestan…!

Una hora más tarde, cuando suponía a sus compañeros durmiendo a pierna suelta, Bud Eisner salió del hotel. Ya tenía elegido el sitio adonde tenía que dirigirse.

Había estado allí aquella tarde, para comprar tabaco. Era una casucha atiborrada de artículos: comestibles, ropa, aperos de labranza, tabaco…

La casa ya estaba cerrada. Llamó y le abrió el dueño.

—Deseo poner una conferencia a larga distancia… pero importa no llamar la atención —dijo Bud, poniendo delante de los ojos del dueño, un billete de cien dólares.

—Ahí tiene el teléfono… Yo voy a acostarme.

—Gracias.

Tras una caótica estantería se encontraba el chisme que tanto interesaba en aquellos momentos a Bud Eisner, agente de la Oficina de

Narcóticos de los Estados Unidos.

Tal vez resultaba un poco cómica aquella manivela de molinillo de café, llena de vagaciones, pero el anticuado teléfono respondió como los buenos.

Su llamada fue abriéndose paso, saltando de una central a otra, y a medida que iba avanzando hacia el norte, iba adquiriendo mayor prestancia.

Al otro lado de la frontera, un conglomerado de esplendorosos edificios, Washington, fue el blanco buscado por Bud Eisner desde aquel oscuro rincón.

Y en determinado Departamento su llamada fue como un restallido de látigo, que puso inmediatamente infinidad de resortes a pleno rendimiento.

Un plantel de hombres poseedores de un carnet idéntico al que Bud Eisner llevaba escondido en los forros; una infinidad de motores obedeciendo a una misma fuerza, empezaron a moverse.

Amaneciendo, Bud regresó al hotel. Llegaba con el tiempo justo para que los compañeros no se dieran cuenta de que había pasado la noche fuera.

El mismo se encargó de despertarlos. Mientras Brand se vestía, explicó:

—Hace rato que estoy levantado. Ya había perdido la costumbre de dormir sobre suelo firme… ¡Y ese condenado “fiambre!”

—¿Qué le ocurre? —preguntó Brand, todavía aturdido por el sueño.

—Tuve pesadillas.

Brand, ya medio vestido, se enfiló la sobaquera, en la que iba una pistola, la sacó de la funda, la empuñó y volvió a guardarla.

—¿Qué clase de pesadillas? —preguntó, mirando fijamente a Bud.

Este sostuvo la mirada.

—Soñé que en pleno vuelo… se ponía a darle puntapiés a la caja, gritando que le quitáramos las piedras que tenía encima.

—¿Las piedras? —la mirada de Brand se hacía por momentos más penetrante.

Bud se maldecía, por haber suscitado aquella conversación. No obstante, no quiso retroceder.

—Sí. Las PIEDRAS eran las que parecían estorbarle…

Brand era de más edad que Bud. Un rostro ancho, de facciones bastas. Quedó unos momentos escrutando con los ojos la cara de Bud. Pensaba que era él quien había introducido en el aparato a aquel hombre a quién en realidad apenas conocía. Le estaba agradecido, porque en un momento en que Brand había quedado sin la pistola al enfrentarse con un individuo que le aplicó una llave de judo, Bud apareció, librándole de morir acuchillado.

Había sacado cara por él, al saber que había sido piloto en la campaña de Corea. En la tripulación hacía falta un elemento, y Brand le brindó esa

oportunidad.

—¡Olvídate de que a bordo llevamos PIEDRAS! —dijo precipitadamente Brand, al oír que llamaban en la puerta.

El que había llamado venía del aeródromo, para notificar que el viaje se aplazaría unas cuantas horas más.

Durante el día, Bud rehuyó pasar por delante de la tienda donde utilizó el teléfono. Su inquietud fue que alguno de los compañeros entrara allí, para proveerse de tabaco, y el dueño le refiriera lo que uno de la tripulación había hecho durante la noche.

Hasta que no vio despegar el aparato, no respiró a gusto.

⋆ ⋆ ⋆

El gran momento lo tenía delante, como una delicada mariposa a punto de dar el último revoloteo.

El altímetro señalaba los dos mil metros. Volaban sobre tierras altas. Hacía poco que habían cruzado la frontera y habían entrado en California.

En el centro de la aeronave, junto al dispositivo de lanzamiento, estaba la "mercancía". Eran las PIEDRAS, metidas en bolsas que iban unidas a paracaídas.

De un momento a otro el piloto, sentado ante el cuadro de mandos, daría la señal.

El aparato había empezado a descender. La noche era muy limpia, en un simulacro de piedras luminosas oscilando de paracaídas.

En el cuadro de mandos una aguja había, comenzado a moverse en dirección al centro de la esfera. Estaban entrando en la zona de un haz eléctrico.

En la cabina, el piloto apretó un botón en el cuadro de control. Este botón llevaba un letrero: "Aproximación".

Los tripulantes apenas tenían necesidad de manipular los mandos. El haz eléctrico emitido desde tierra se encargaba de situar el aparato en su centro, y atraerlo, como absorbido por un remolino.

Se encendió una luz roja y el dispositivo de lanzamiento empezó a funcionar. En unos instantes todas las piedras desaparecieron de la aeronave.

Al tiempo que el aparato empezaba a remontarse, Brand y otro compañero se volvieron para ver el efecto que aquella operación había hecho en el "nuevo", en Bud. Este había permanecido durante toda la maniobra tras unas cajas, muy próximo del féretro.

Ni Brand ni su compañero pudieron ver lo que hacía, hasta el último instante. Estaban los dos mirando en dirección a la cabina de mando, cuando advirtieron una fugaz sombra pasar por detrás de ellos.

Y Bud desapareció en el espacio, provisto de paracaídas. Salió casi con la última piedra, como uniendo su destino a aquella extraña carga.

Se había lanzado antes de que la aeronave cobrase más altura. En el momento en que sus pies tocaron tierra, en un hábil movimiento se desprendió del paracaídas. Luego recogió la tela, burlando la acción del viento y buscó un sitio donde enterrarla.

Se dio cuenta de que se encontraba en la ladera de un elevado pedregal. A pesar de la oscuridad, allá abajo entreveía un profundo valle. Veíanse lejanas muchas luces, agrupadas.

Cada vez que se movía, grandes piedras se deslizaban, chocando unas con otras. En torno reinaba el más profundo silencio, interrumpido solo por el ruido que producían sus pies.

Procuró descender con mayor cautela. Sabía que por los alrededores debía hallarse gente relacionada con los del aparato.

Era seguro que no muy lejos se encontraba el aparato que emitió haces de ondas radiofónicas que controlaron el cuadro de mandos. Era él, Bud Eisner, agente de la Oficina de Narcóticos, el único elemento que había escapado al control de quien dirigía aquella operación.

Tenía que apartarse de allí, y esperar el día.

De pronto se dejó caer, sentado, y levantó la cara, escrutando el espacio. Sí, ocurría lo que en un principio presintió.

Volvía la aeronave. En el momento de lanzarse al espacio estuvo vacilando en disparar contra la emisora de a bordo. Un impulso sentimental lo contuvo. Fue por Brand; por quien renunció a dejar ciego al aparato.

Llevaban combustible para varias horas de vuelo. Podían cruzar de nuevo la frontera y ocultarse en cualquier aeródromo del vasto continente.

Ahora, ya en tierra, comprendía que aquel sentimentalismo había sido una estupidez. Lo reconocía ahora que de nuevo oía el ruido, de los motores. El aparato regresaba, buscando entrar de nuevo en el haz eléctrico.

Bud Eisner imaginaba el parte que en aquellos momentos emitirían los del avión. “A bordo llevábamos un espía…”

Darían orden de cazarlo, antes de que amaneciera. Cogerían la “mercancía” y escaparían.

Esto pensaba Bud. De pronto, meditando con más detenimiento sobre el asunto, se preguntó:

—¿Cómo van a llevarse las piedras antes de que amanezca?

Estaban esparcidas; seguramente a grandes distancias unas de otras. El día vendría antes de que las hubiesen recogido todas.

A pesar de la oscuridad le sería fácil saber si alguien se movía cerca.

Reanudó el descenso. Quería situarse en sitio seguro para poder observar. Y si encontraba ocasión de poderle echar mano a un teléfono, casi podría cantar victoria.

Ya en el llano siguió andando a través de un terreno cubierto de

césped, hasta que se vio cruzado por una carretera de tercer orden, con rodadas profundas y muy polvorienta.

En la oscuridad, la franja que formaba el camino se veía ondulante trepar muy lejos, a un altozano.

Era peligroso andar por en medio de la cinta blanca, pero aquella carretera podía orientarle. Se metió otra vez en el césped y siguió andando paralelo al camino.

Cuando llegó a lo alto del montículo distinguió no muy lejos, en una profunda hondonada, una agrupación de luces. Se encaminó allí.

Sus pasos se vieron de pronto interrumpidos por un arroyo. Después de unos tanteos se decidió a vadearlo.

Una vez en la otra orilla, al notar que no sentía, la humedad, reparó en que todavía llevaba el traje de caucho. Se lo quitó rápidamente y lo ocultó entre unas matas.

Aceleró el paso en dirección a las luces. Todavía se encontraba lejos, cuando un perro comenzó a ladrar. Enseguida se arrancó otro. Y otro.

Aquel estruendo de ladridos obligó a Bud a detenerse. Se echó en tierra y se puso a observar.

Delante veía un edificio bajo y alargado, con aspecto de fábrica o almacén. Y un poco más allá, varias casitas, aisladas unas de otras, muy esparcidas.

No cesaban los ladridos, por lo menos los que procedían del lado de la fábrica.

Bud retrocedió, situándose en una altura. Pronto amanecería y no podía perder la ocasión de ver qué hacían con las piedras dejadas caer del aparato.

La noche se retiraba precipitadamente. La claridad iba inundando el paisaje. Los montes, los árboles, las casas lejanas empezaron a recortar su perfil.

Amparándose tras las rocas, fue deslizándose hasta llegar a un sitio desde el que podía dominar la gran vertiente que enfocaba el profundo valle.

Varias siluetas de hombre empezaron a concretarse.

Los vio moverse de un lado a otro.

Donde destacaba la mancha blanca de un pequeño paracaídas, se detenían a cogerlo, lo plegaban y lo separaban de la piedra.

Había individuo que llevaba en la espalda una caja cubierta con lona, en forma de mochila. De ella salía un tubo de goma que se pasaba por debajo de un brazo. Cada vez que separaban un paracaídas, con el pulverizador que había al extremo de la goma, rociaban la piedra, como si la fumigaran.

Bud tuvo ocasión de ver la operación desde muy cerca. A muy pocas yardas de donde él se encontraba, había un paracaídas. Previendo que se

acercarían, se ocultó en una grieta del terreno.

Fueron los minutos más tensos vividos por Bud. Vio venir cara a él a uno de los individuos. Miraba en la dirección en que se encontraba Bud, manteniendo una expresión en el rostro que podía interpretarse como que no ignoraba que sabía que había allí un espía.

Bud mantenía la pistola preparada. Aguantó sereno, dispuesto a no dar señales de que estaba allí en tanto no fuese inevitable.

Cuando el individuo llegó adonde estaba el paracaídas, se inclinó, lo desabrochó de la piedra e hizo funcionar el pulverizador.

Luego se enderezó, y de nuevo se quedó mirando a la roca donde se encontraba Bud.

Repentinamente el individuo se volvió de espaldas y comenzó a alejarse.

El disco del sol ya había asomado por la lejana cordillera. Una luz sanguinolenta comenzó a colorear la cima de la vertiente en la que se veían profundos desgarrones, producidos por la extracción de piedra.

Bud ya se había dado cuenta de que se encontraba en una cantera. Apenas la cima quedó coloreada, la lámina roja empezó a descender.

Entonces ocurrió un curioso fenómeno. Bud había observado, tan pronto la claridad se lo permitió, que tanto las piedras dejadas caer por el aparato, como las que había esparcidas por la vertiente sacadas de la cantera, eran idénticas.

Imposible distinguir a simple vista cuáles eran las dejadas caer con paracaídas, a pesar de que los individuos les prestaban aquel extraño cuidado con el rociador.

Pero a medida que la lámina del sol avanzaba, cada piedra rociada cogida en su área de luz bermeja iba perdiendo el color rojo y adquiría uno amarillento.

Este cambio de color se mantenía solamente unos segundos. Tan pronto como los oblicuos rayos solares se desviaban un poco, la piedra volvía a recobrar su color normal.

Allá lejos, por la polvorienta carretera, asomó un camión. Los individuos habían ido descendiendo y cuando el vehículo llegó, apresuradamente se pusieron a cargar piedra.

Todavía quedaban algunos paracaídas por quitar. De vez en cuando se acercaban a uno de ellos, lo desenganchaban, rociaban la piedra y la echaban al camión, mezclándola con las otras.

Momentos después, todos los individuos saltaron sobre el camión y este arrancó. Cerca de la fábrica, los individuos se apearon y el camión se perdió carretera abajo, en busca de la carretera general.

Durante un buen rato, Bud permaneció como inmovilizado por el estupor. Todo cuanto estaba ocurriendo lo hacía ir de un choque a otro.

Desde Bangkok había estado poco menos que sentado sobre aquellas

piedras. Muchas las había tenido en sus manos, sopesándolas. Pero en realidad, en ningún momento las consideró la clave de aquel asunto.

Suponía que era en el féretro donde se encontraba lo que al Departamento podía interesar. Desde un pueblo al otro lado de la frontera había informado, él creía entonces que detalladamente.

Ahora se daba cuenta de que lo único que había hecho había sido colaborar con los contrabandistas. Había orientado a sus compañeros, los policías, hacia los aeródromos más propicios... donde seguramente el aparato no aterrizaría.

Todavía si Bud se hubiese quedado a bordo, disimulando, se hubiera podido seguir la cadena. Pero al ver que lanzaban las piedras en paracaídas, Bud se aturdió, creyendo que la presa se le escapaba. Al lanzarse él, no había hecho otra cosa que dar el alerta a los que iban en la aeronave.

Ahora no se atrevía a salir de la grieta en que se encontraba. Esperaba que de un momento a otro aparecieran de nuevo los individuos de antes, para darle caza.

No se fiaba del abandono en que parecía haber quedado el valle. Presentía a multitud de vigías, esperándole.

Decidió no salir del escondite, hasta que oscureciera. El sol, tan pronto apretase, le haría insoportable aquel refugio. Pero aguantaría.

Tenía muchas horas por delante. También tenía mucho que decir. Sacó papel y lápiz y se puso a escribir...

> "No sé si esto llegará a las manos a que va destinado. Tengo la certeza de que estas cuartillas no saldrán de aquí, sin que pague alguien el tributo a la muerte..."

* * *

No puso el nombre del destinatario hasta que a media noche se vio en la carretera general. Le seguían e iba herido.

Tal como había presentido, en el valle había un cerco de vigías. Apenas oscureció se lanzó fuera de la grieta. Los tenía más cerca de lo que imaginó, y lo recibieron con una descarga.

Contestó con dos disparos, rodó por la vertiente, estuvo unos momentos sin conocimiento, se levantó, corrió...

Atrás seguían las detonaciones y más lejos, el estruendo de ladridos.

Anduvo trazando absurdos rodeos. Había momentos en que se consideraba a salvo. De pronto advertía siluetas deslizándose cautelosamente.

A media noche se encontró ante una carretera de primer orden. Pero no veía luz de ningún coche, ni cerca ni lejos.

Era el momento de hacer la última jugada. El enemigo andaba muy

cerca. Todo lo escrito durante el día lo llevaba junto con el carnet de agente, en los forros de la chaquetilla.

Escribió entonces la última nota, que dejó enganchada a la cremallera de la chaquetilla.

Pedía a quién encontrase aquella prenda, que la entregase en el primer puesto de policía. La dejó a un lado de la carretera y retrocedió, dispuesto a servir de cebo a los perseguidores, para alejarlos de allí.

Eso lo consiguió. Al amanecer ya se encontraba en el interior de un bosque. No muy lejos presentía el mar.

Cuando un brochazo de sol sanguinolento daba en la copa de los árboles, tres individuos irrumpieron delante de Bud.

Se miraron como no explicándose qué hacían allí. Y mirándose, apretaron el gatillo. Bud parecía tener ventaja, al apoyarse contra el árbol. Diríase que las balas que le dirigía el enemigo, lo sostenían de pie, clavándolo contra el árbol.

Bud Eisner, de la Oficina de Narcóticos, cayó en el momento en que su pistola quedaba vacía. En el último momento, mortalmente pálido, sonrió, mirando al único de sus adversarios que quedaba en pie.

Ellos habían pagado doble tributo, pues dos habían caído antes de que Bud expirara…

# CAPÍTULO II

Al descender del avión en Los Ángeles, ya contaba con que hubiese algún compañero esperándole, cosa que no le hacía mucha gracia, por los que pudieran estar observando.

Roy Loew estaba seguro de que su salida de Honolulú no había sido todo lo secreta que debía ser. El adversario disponía de muchos medios para conocer los pasos de la policía.

Constantemente caían agentes en el cumplimiento de su deber. También el enemigo sufría bajas. Pero nunca había ocasión de conseguir una pista que llevase a la cabeza de aquella siniestra organización.

Para investigar los pasos que había seguido el agente Bud Eisner, aparecido muerto en un bosque próximo a la costa, en California, Roy Loew se había dirigido a Tailandia. Había pasado a Singapur, luego saltó a Honolulú… Allí le sorprendió la llamada del superior: “Venga a Los Ángeles. Urgente”.

Le esperaban. No se dio cuenta de qué clase de mujer tenía delante, hasta después de sentirse abrazado, y advertir el roce de unos labios llenos, que pasaban fugazmente sobre los suyos, en simulacro de beso.

—¡Roy querido…!

Por unos segundos, aquel cuerpo esbelto, de soberbios contornos, se había estrechado contra el suyo, imprimiéndole a fuego una sensación de su belleza y juventud.

Al primer momento Roy pensó que todo fuese una treta del Departamento, para que pareciese que era uno de tantos pasajeros, a quién esperaba su esposa, después de un viaje de negocios.

Pero al soltarse y quedar mirándose, la joven belleza murmuró:

—Pertenezco a la policía de este Estado… A usted lo conozco por referencias del malogrado Bud… Soy Selly Pack…

Al primer momento Roy estuvo esforzándose por contener una exclamación de sorpresa, y de burla. ¡Selly Pack!

Bud Eisner había aparecido muerto en un bosque de California. El rostro de Roy se ensombreció de pronto. ¿Habría caído allí, por culpa de aquella mujer?

Era toda una belleza. Morena, de grandes ojos castaños, cabello negrísimo. De caderas altas y firmes, barbilla cuadrada, labios carnosos.

—Me has llamado querido Roy… ¿Qué debo contestar? —preguntó, con un matiz irónico.

—No has de ir al departamento donde se encuentra el inspector Urner…

Roy torció el gesto. Había cogido de un brazo a Selly y marchaban

hacia la salida, donde aguardaban los coches.

—Debemos seguir tuteándonos —continuó la joven—. El inspector Urner ha deslizado en determinados medios que tú y yo nos hemos casado...

—¿Eh? ¿Qué demonios?...

La soltería de Roy Loew estaba a prueba de toda clase de golpes. Infinidad de sirenas habían surgido en su carrera, y Roy supo capear el temporal como un verdadero maestro, sin dejar resentimientos.

—No te asustes —se apresuró a aclarar Selly—. Detesto yo esta situación tanto o más que tú... Pero Bud apareció muerto en nuestro Estado —súbitamente la voz de Selly se veló.

Habían llegado al coche, una potente máquina de deslumbrante carrocería. Ella abrió la portezuela del lado del volante. El coche iba descapotado.

—Permite que conduzca yo. Sé adónde vamos —dijo ella, ya con un pie en el estribo.

La falta quedó ceñida a un largo y bien torneado muslo. Las piernas eran de un trazo impecable.

Roy sonrió, mirando hacia los distintos coches donde empezaban a acomodarse personas salidas del aeródromo.

—Bueno: no me perjudica —comentó, humorístico.

—¿El qué?

—El que me crean tu marido. Podrán achacarme otras cosas, pero no mal gusto.

Pasó al otro lado del coche y se sentó junto a Selly. La joven ya tenía el motor en marcha e iba a pisar los pedales, cuando Roy se inclinó, la cogió de los hombros y la besó en la boca.

El coche embistió. Al poco se detuvo. Selly estaba desencajada y lo miró duramente.

—¿Por qué esto?

—Por si nos miran.

—¡No vuelvas a hacerlo!... He de marcar yo la línea a seguir. Así lo convine con el inspector. ¿De acuerdo?

Soy, cruzándose de brazos, dijo:

—Te contestaré más adelante.

Durante algunas millas no pudieron sentirse solos. Siempre había algún edificio o algún coche en las proximidades.

Coronaron una altura, desde la que divisaban el mar, y una vasta alfombra de pinos. Desde aquella plazoleta podían ver si tras de ellos venía algún coche.

—¿Has pensado ya la respuesta? —preguntó Selly. Roy bajó del coche, sacó cigarrillos, y de espaldas a ella ofreció. Encendió el primero, resguardándose del viento con la chaqueta. El mechero tuvo que colocarlo

muy cerca de la sobaquera que llevaba a la izquierda.

Al pasarle el mechero a ella, Selly hizo un intento, pero comprendiendo que el viento le impediría encender, se fue al coche, introdujo el cigarrillo en el encendedor automático y regresó al lado de Roy, con el cigarrillo en los labios.

Él se había vuelto unos momentos a mirarla. El viento le daba de frente, modelándola el altivo busto, y la fuerte figura, toda vitalidad.

Era, desde luego, una muchacha de mucho carácter, y de mucha fuerza en la sangre. Sabía cómo había manejado a Bud y esto le hizo contraer el rostro.

—Selly. Mi respuesta es esta…

Dejó una pausa. Ella, situada al lado de Roy, permaneció con la cara levantada, mirando la lejanía, esbozando una vaga sonrisa.

—Tú, con tu belleza… y el inspector Urner, con su sagaz plan, podéis iros al diablo.

Se volvió, sin mirarla, y fue al coche, esta vez para sentarse al volante.

—Tengo ganas de conducir. Me he llevado unas semanas sin tocar un volante…

Selly siguió donde estaba, de cara al mar.

—Todavía no hemos terminado —dijo ella, succionando el cigarrillo.

El humo simulaba pingajos de seda que el viento llevase contra la cara de Roy.

—No creo que quede mucho por decir —replicó Roy.

—Te equivocas. Tu respuesta de ahora, y lo que te has callado, se lo anticipé al inspector, cuando convinimos este plan. Yo sabía que te rebelarías, tan pronto supieras quién soy. Bud te previno contra mí…

—¿Bud? Pues no porque dijera nada en contra suya. Al contrario: no podía poner en mejor lugar tu carácter y tu belleza…

Roy había regresado al lado de ella.

—¿Te habló de que estuve a punto de ingresar en vuestro Departamento?

—Oh, sí —exclamó Roy, con clara ironía—. Y puedo asegurarte que todos los compañeros de la plantilla respiramos cuando supimos que habías desistido, prefiriendo permanecer en la policía de California. De veras que llegamos a temer nos eclipsaras…

Selly Pack, sin dejar de mantener una expresión dura, empezó a sonreír.

—¡Y Bud no te previno contra mí! —exclamó, sardónica.

—Yo no recuerdo…

Selly se volvió, mirándolo fieramente.

—¡Seguro Que te habló de mis deseos de cambiar los métodos del Departamento!… Todo porque una vez me atreví a hacer una pequeña crítica de vuestra manera de actuar. Bud se puso hecho una fiera. En los

últimos tiempos, cada vez que nos encontrábamos, terminábamos insultándonos... Y todo, ¿por qué?

Su rostro fue perdiendo dureza. Hundió la mirada en el mar, y permaneció callada unos instantes.

—Fuimos amigos desde pequeños... Y no podíamos ser más. Cuando me di cuenta de lo que ocurría en Bud, me anticipé a la declaración que veía venir... Él supo entender y se resignó. Pero al poco, por nada se volvía Un gato rabioso. Si tenía algún éxito en mi profesión, y aparecía en los periódicos, a Bud le faltaba tiempo para mandarme el recorte que hablaba de mí, y lo acompañaba con caricaturas y frases de burla. Una vez, uno de esos recortes llegó a manos de mi jefe. “¿Cómo tolera esto?”, me preguntó. Dijo que iba a tocar resortes en Washington, para que le dieran a Bud la reprimenda que merecía, y me opuse...

Se volvió de repente a mirar a Roy, inquisitiva.

—¿En qué he fallado? Si Bud era tu amigo, más lo era mío.

Hacía esfuerzos porque su voz no acusara debilidad. Apretaba las mandíbulas, mirando fijamente a Roy.

—No sé en qué has podido fallar... Únicamente tengo en cuenta que Bud estaba obsesionado por ti y que sin duda esto le llevó a cometer muchos errores en su misión.

—¡Pero no se me pueden achacar a mí!... Vienes de Extremo Oriente. Allí has podido seguir los pasos de Bud... ¿O no?

—Algo he conseguido —contestó, evasivo.

—Sé muy bien lo que has logrado. Tu viaje era inútil... Pero decidimos que salieras, para despistar. Yo salí tras de ti... He estado en Bangkok y luego esperé en Honolulú. Hace tres días que llegué y el inspector Urner soltó el rumor de que nos habíamos casado allá... Esto puede que no sirva de nada, pero es lo mejor que se nos ha ocurrido, para justificar que tú y yo nos desplacemos a determinados lugares, huyendo de la gente.

Regresó al coche y apoyó un brazo sobre la portezuela.

—Ocurrió algo que vuestro Departamento decidió callar —continuó Selly—. Todos ibais preocupados por la llamada que Bud os hizo desde Méjico. Ese avión no apareció en ningún aeródromo del país... Días después se os notificó que había aparecido el cadáver de Bud. ¿Qué deducciones sacasteis de que apareciera en uno de estos bosques?

—A nosotros se nos dijo que murió desangrado. Que un árbol le rompió el paracaídas...

El tono burlón que desde hacía unos momentos había adoptado Selly, no desaparecía.

—¿Y tú lo creíste?

Roy dio tres zancadas, llegó junto a ella, la agarró de los hombros y la obligó a ponerse enhiesta.

—¿Y por qué tenía que dudar de lo que mis superiores me decían?...

—Era más cómodo pensar que Bud había decidido lanzarse en paracaídas en el área donde yo me encontraba, para hacerse el "héroe" —dijo Selly, sin perder el tono irónico, pese a la presión que Roy ejercía sobre sus hombros.

—¡Sí, eso pensamos…!

—Sobre todo, tú. A mis oídos han llegado algunos de los comentarios que hiciste, cuando te comunicaron la noticia.

La soltó, empujándola contra el coche.

—¿Tienes confidentes en el Departamento?… ¿Es que habré de creer lo que una vez le oí a Bud, sobre tu capacidad para ganarte la confianza hasta de los hombres más "reacios"?…

La miró de pies, a cabeza, con claro afán de que se sintiera vilipendiada, mientras sonría, mordaz.

—Desde luego, he de creerlo…

Chascó una mano de Selly en el rostro de Roy. La respuesta fue que él la cogiera de nuevo de los hombros, como si quisiera estrujárselos. Luego pareció que fuera a volcarse sobre la boca de ella.

La soltó, y también una mano de Roy dio centra el rostro de Selly. La muchacha dio con la espalda contra la carrocería. Un brazo se introdujo en el coche, yendo la mano hacia la guantera, en busca de un arma.

Pero en el último instante, renunció, al ver que Roy le volvía la espalda y se trasladaba adonde estuvieron momentos antes, frente al mar.

—Tú y el inspector Urner habéis cogido mal momento para este juego. Regreso de Extremo Oriente desalentado… Me siento impotente para llevar adelante misiones como esta. El enemigo cuenta con más medios para burlarnos… ¡Y cuando es evidente que se introducen en el país toneladas de droga!… ¡Cuando se sabe que ese tráfico tiene la complicidad de personas que uno considera como intachables!… ¡En el momento en que llego con ánimo de presentar la dimisión, para abrir mi bufete de abogado… y servir al menos para evitar golpes a pobres diablos, se me recibe, con el plan de una estúpida comedia!… ¡Tú y el inspector Urner, si no tenéis cosas más serias en que ocuparos, apostad a las carreras de caballos…!

Ella seguía junto al coche. Tan pronto calló Roy, ella hizo de nuevo la acción de sacar de la guantera la pistola. Y de nuevo renunció.

—¡Ya me eras antipático, antes de haberte visto!… ¡Me bastaba con saber que Bud te había elegido como el hombre modelo!… ¡Pobre fatuo…!

Roy se volvió, teniendo en los ojos un brillo de maligna curiosidad. Era un tipo alto, de facciones correctas, mentón pronunciado y ojos claros.

—¿Es eso lo que te ha inducido a este juego?

—¿El qué?

—El que Bud me hubiese elegido como "ejemplo"… ¿Es por ello que has convencido al inspector Urner que te autorice este estúpido juego?

Selly dio unos pasos hacia él, vibrando de cólera.

—¡Es Bud quien me obliga a buscar tu colaboración...!

Roy hizo una mueca. Elevó los hombros, en signo de impaciencia, y exclamó:

—¡Déjalo en paz...!

Ella se quedó mirándolo. Todavía se notaba en una mejilla la huella del golpe propinado por Roy como respuesta.

—Es Bud quien me obliga a que tú y yo actuemos juntos... No muy lejos de aquí se desarrolló nuestra infancia...

—La mía no —replicó Roy, burlón.

—Pero tú has estado aquí con Bud.

—Hace mucho tiempo. Realizamos un buen servicio y nos concedieron un permiso de un mes. Bud se empeñó en que le acompañara a la región donde vivió su niñez...

Después de una pausa, murmuró Selly:

—Recorristeis los montes de nuestra comarca... Y él te habló de mí.

—Demasiado.

—Tan molesto como pudiera resultarte a ti que me nombrara, me resultaba a mí, cuando Bud y yo nos encontrábamos en San Francisco o en Los Ángeles, y sin que nadie pudiera evitarlo sacaba a relucir al agente modelo...

Volvió al coche y sacó un paquete de tabaco. Encendió un cigarrillo y dejó la cajetilla, sin ofrecer a Roy.

—Cuando saliste para Bangkok, lo hiciste para despistar. Habían aparecido unos papeles escritos por Bud. Un galimatías, según, mi superior... Se me nombraba a mí con clave. Y a ti... Fue una precaución de Bud, por si los papeles caían en manos del adversario...

Roy fue acercándose a ella, sin darse cuenta, lleno de ansiedad.

—¿Qué revelaba?

—Aparentemente, nada. La chaquetilla que llevaba Bud horas antes de morir fue recogida por un matrimonio que pasó en coche por el sitio en que estaba esa prenda. La entregaron en el primer puesto de policía...

Roy se resistía aún a escucharla con sincero interés. A cada momento frenaba sus impulsos, adoptando un gesto de escepticismo. Selly, como no dándose cuenta del recelo con que le escuchaba Roy, explicó cómo dentro de la cazadora hallaron el carnet de agente y las cuartillas escritas a lápiz.

—Para todos pueden ser absurdas, menos para mí... Y para ti. Escribe frases que solo yo o tú le hemos oído alguna vez.

—A ver una de esas frases —pidió Roy.

“El que me advirtió que no moviera nada... Y luego con el pie, salió la víbora...”

Roy quedó mirándola, esperando que continuara.

—¿Qué dice eso? —preguntó.

—Tú puedes saberlo. Lo de la víbora ocurrió estando de excursión contigo. Bud me dijo que gracias a ti no movió la piedra. Momentos después que moviera la piedra con un pie, apareció una víbora rabiosa…

Roy asentía, con movimientos de cabeza.

—Pero… que Bud se entretuviera en escribir nimiedades…

—Las cuartillas no contienen más que alusiones a cosas ocurridas entre él y yo, o entre tú y él. Hay que darles trabazón, y exprimir el sentido que en realidad tienen.

Roy comenzó a pasearse, abstraído.



*El beso de la paz*

—No lo comprendo. ¿Qué pretendía con ese enigma?

—Que si ese escrito caía en manos del enemigo, no se pusieran demasiado alerta, cambiando los dispositivos.

—¿Dónde están esas cuartillas?

—Las guarda tu jefe —contestó Selly—. Pero conservo una copia exacta.

—¿La llevas ahí? —miró el coche.

Pero Selly no la miraba en ese momento. Su atención estaba puesta en algo que ocurría abajo, en el principio de la carretera, en el mismo sitio donde se formaba un cruce para emprender la ascensión del monte.

Allí abajo había un coche. Se había apeado un hombre que simulaba estar manipulando en el motor.

Había otro en el interior del coche, en el asiento trasero.

—El tipo que va dentro nos observa —dijo Roy, colocándose delante de ella.

En la guantera había visto unos prismáticos. Los cogió y haciendo como que se disponía a mirar el mar, se alejó unos pasos. De pronto giró, y enfocó el coche que había abajo.

Sorprendió al individuo que iba dentro, que también les miraba con unos prismáticos. Un hombre de unos cuarenta años, de cara llena, los aladares grises, con entradas que formaban un moñete en el centro de la frente.

Enseguida bajó los prismáticos y su cara se atensó. Roy pudo advertir que emitía una orden, y el que parecía estar hurgando en el motor, bajó el capó y rápidamente volvió al volante.

El coche salió disparado, perdiéndose enseguida en una curva.

—Muy bien —dijo Roy, en tono ligero—. Parece que empezamos a preocupar a alguien. ¿No tienes idea de quién pueda ser?

No esperaba respuesta. Lo había preguntado en broma.

—Me ha parecido el coche de Jos Schaer. Estaba en el aeródromo.

—¿Cómo? ¿El potentado Schaer? ¿El emperador de Beverly Hills?

Selly asintió, sonriendo con ironía.

—Ya hace algún tiempo que su finca en Beverly Hills está cerrada —contestó la joven, sin dejar de sonreír, con malicia.

Se quedó mirando a la cinta blanca que cruzaba una cordillera.

—Tras aquella montaña le están construyendo un palacio. Se dice que quiere montar casinos que compitan con los de Las Vegas… Habladurías que él mismo propala, para que la Prensa no deje de ocuparse de él.

Roy reparó en la coquetería, en la malicia que contenía la sonrisa de Selly.

—El patrocinador de estrellas de cine… El descubridor de bellezas. ¿Acaso ha reparado en ti?

—Ya hace tiempo —contestó Selly—. Lo vamos a tener de vecino… en el supuesto de que tu decisión de abrir el bufete de abogado permita un aplazamiento.

La idea de desenvolverse en el área de aquel hombre del que tantas veces se ocupaba la Prensa, para hablar de sus grandes negocios, siempre prósperos, o de sus amores, siempre cargados de escándalo, tentó a Roy.

—Hablemos claro, Selly. ¿Es por casualidad que vamos a ser vecinos de Schaer?…

—Casi vecinos… Entre su finca y nuestro “bungalow” habrá un monte…

—Mi pregunta…

—No es por “casualidad”. Hace tiempo que mi jefe le tiene tendidas algunas trampas. Pero Schaer las sortea todas y se presenta al Departamento y él mismo entrega el cepo, y se burla… Algunas veces ha venido estando yo con el jefe, y Schaer se ha permitido algunas bromas, sobre mi falta de “vista”, al resignarme a un sueldo de agente.

—Eso no explica nuestra permanencia en su área.

—Schaer, en una de sus bromas, dijo que estaba construyendo cabañas para recién casados. Me dijo que si algún día cometía la tontería de contraer matrimonio con otro hombre que no fuera él, que se lo dijera, que me ofrecería el mejor “bungalow”.

Roy hizo un gesto de estupor.

—¿Cómo demonios lo tomasteis en serio?

—¿Y por qué no? El mismo inspector Urner, al saberlo, dijo que no debíamos desperdiciar esa oportunidad. Y le enviamos aviso de que precisaba de uno de sus “bungalows”. Ayer ya pude ir a verlo… Todo está listo. Por exigente que sea una pareja, nada puede allí echar de menos. Ya lo verás.

Montó en el coche, sin dejar de sonreír. Era como si de nuevo dejara de manifiesto que ella llevaría la iniciativa.

Emprendieron el descenso. Selly parecía atenta solamente al volante. Pero observaba a hurtadillas a Roy.

—Quiero leer la copia de lo que escribió Bud… si es que en realidad lo escribió él.

—¡Demasiado realidad que lo escribió Bud! —exclamó Selly—. Está en el forro de ese paquete de cigarrillos.

Indicó el paquete que utilizó momentos antes y que había dejado junto a la pistola. En el forro encontró un papel de seda, escrito a máquina, con un tipo de letra muy pequeño.

Eran frases sueltas, algunas incompletas. Pero muchas iban cobrando sentido para Roy, a medida que las meditaba.

Una de las cosas en que primero cayó, fue en la repetida alusión a las piedras. Cuando le impidió que moviera “lo que cubría la víbora”.

Cuando en un ejercicio de lucha a puño, “tu mano quedó estropeada

por dos semanas. Llevaba yo ventaja, te lo dije…”

—¡Boxeamos y Bud agachó la cabeza, en vez de esquivarme, como yo esperaba! ¡Y le di de lleno!… Creí que caería conmocionado, pero nada. Y yo quedé con la mano inutilizada —exclamó Roy.

Habían empalmado con la carretera general, por la que se había marchado el otro coche.

—Bromeando me dijo que llevaba ventaja…

—¿Qué ventaja? —preguntó Selly.

—Dijo que su cabeza era de piedra… Y cuando desde un pueblo de Méjico nos envió el mensaje, habló de piedras acompañando el féretro.

—Para averiguar de dónde habían salido te mandaron a Bangkok. ¿Qué has averiguado?

—Llevaba instrucciones de no hacer demasiadas preguntas. Si a las primeras pesquisas nadie recordaba el envío de un muerto con tierra y piedras de su lejana California, no debía insistir.

—Pero había una pista clara: el nombre del muerto… Bud dijo que tenía un negocio de hotelería.

—Lo engañaron. Allá nadie conoce a ese hombre que dirigía “algunos hoteles y tenía una cabaña en su jardín, con piedras de su comarca”. Si eso ha existido, ha sido borrado por sus cómplices. Allá nadie sabe nada… Y sin embargo…

Volvió a leer la hoja de papel de seda. “Escribo donde un desgarrón quitó belleza… y “Ojos Severos” renunció por ello a mirar más allí. Pero no es ese sitio. Pero existe ese desgarrón…”

Roy leyó en voz alta esas líneas.

—Nada me sugieren.

—A mí, sí —dijo Selly—. Yo soy “Ojos Severos”, como otras veces fui “Ojos Joviales”, según el humor… El desgarrón se refiere a unas minas que partieron el monte más hermoso de nuestra comarca. Lloré el día que vi arañada la vertiente…

—Una mina…

—No es una mina. Se han hecho cálculos, sobre las marchas que Bud pudo hacer, al dejarse caer del aparato.

—¿Se sabe seguro que se lanzó?…

—O lo echaron. El aparato no tocó tierra. Lo echaron o se lanzó… Y donde fue encontrada la chaquetilla y luego el cadáver de Bud, señala una extensa zona en la que no hay una sola mina.

Roy miraba la curva por la que iban a entrar. Temía que de un momento a otro irrumpiese un coche embalado, dispuesto a provocar la catástrofe.

Pasaron la curva. Muy lejos se veían algunos coches, viniendo en dirección contraria.

—¿No hay ninguna mina? —preguntó, maquinalmente.

—No. Pero sí una cantera.

Roy estuvo a punto de saltar. Era el martilleo constante: piedras. PIEDRAS… ¡¡PIEDRAS!!…

# CAPÍTULO III

Dijo bien Selly: La pareja más exigente no hubiera podido quejarse del confort de aquella cabaña. Se componía de planta baja y piso.

Arriba estaban los dormitorios. Había ventanas a los cuatro lados, desde las que se contemplaba un bello panorama.

Se veían otras construcciones semejantes, esparcidas por la cima de la cordillera, y por la arbolada vertiente.

—¿Hace mucho que Schaer lleva esto adelante? —preguntó Roy, después de un rato de observar la cabaña y los alrededores.

Selly ya había cambiado de indumentaria. Ahora llevaba pantalón de trazo masculino y jersey. Trajinaba junto a la chimenea, preparando un cóctel.

—Un par de años... Pero su finca le lleva más tiempo.

Fue a la puerta, donde se encontraba Roy y le dio un vaso con licor.

—Desde algún punto del bosque nos estarán observando —dijo Roy, en el momento de beber.

—Para que nos vean estamos aquí —contestó Selly.

Ya era media tarde.

—De tu sagacidad como agente, ya tengo noticias —dijo Roy, dando pequeños sorbos—. De tus condiciones como cocinera...

—No te preocupes. El señor Schaer tiene todo muy bien montado. Basta un golpe de teléfono, para que enseguida nos sirvan el mejor menú...

—¡Menos mal! —exclamó Roy, irónico.

Y se metió en la cabaña. Ella giró rápidamente, yendo tras de él.

—Pero hoy no funcionará el teléfono para pedir comida. Tendrás que resignarte a lo que yo prepare.

—¡Qué remedio...!

—Puedes cambiar de ropa.

Roy la miró extrañado. Su equipaje se componía de una pequeña maleta.

—Mi ropero está en Washington, querida.

—Lo tienes aquí. El inspector Urner se ocupó de ello.

Roy dejó el vaso sobre la mesita y se puso a pasear, con gesto irritado.

—Hay en todo esto algo que me exaspera. ¿No hubiera sido mejor que el inspector me consultara?

—No había tiempo. Te seguían en tu viaje a Bangkok.

—Si me seguían, han podido darse cuenta que tú y yo no nos hemos visto hasta que he llegado a Los Ángeles.

Selly sonrió burlonamente.

—En el hotel de Honolulú tuviste un “doble”. Yo y mi acompañante aparecíamos de noche, huyendo la luz. Tu nombre figuraba en el libro de registro: “Loew y señora”. Gracias a eso, dispusiste de unas horas libres en Bangkok.

Roy permaneció unos momentos mirando fijamente a Selly. De pronto rompió a reír.

—¡Ahora me explico la cara de estupor del conserje del hotel, cuando me vio aparecer con una compañera de viaje...! Era guapa, pero no tanto como tú. Y eso seguramente era lo que le chocaba, que tan pronto hubiese cambiado de gusto.

Riendo se fue escaleras arriba, en busca de su ropa. Había dos dormitorios contiguos, que se comunicaban.

El destinado a Roy estaba abierto de par en par. En uno de los armarios encontró sus trajes, incluso la ropa que llevaba en las excursiones en la nieve.

Se puso una chaqueta de gamuza, que le permitía llevar la pistola en la sobaquera, sin que se notara. No pensaba separarse del arma en ningún momento.

Se le ocurrían las ideas más descabelladas. ¿Qué pruebas tenía de que aquella mujer fuese la que decía ser? Roy había tenido que emprender el regreso, por un telegrama en el que se le ordenaba que lo hiciera.

Pero ese telegrama podía haberlo enviado el adversario. En el aeropuerto no apareció ningún compañero que el conociera. Y, sin embargo, según había dicho la joven, Jos Schaer había estado allí, como para cerciorarse de su llegada.

Pero aun admitiendo que Selly fuese la muchacha que Bud quería, nada garantizaba que ella estuviese obrando en favor de la policía. Si Jos Schaer estaba complicado en el asunto que produjo la muerte de Bud, podía muy bien haberse procurado la alianza de una mujer como Selly, a la que Roy suponía llena de ambición.

—¡Estaría bueno, que por mis propios pasos, me hubiese metido en el cepo...! —comentó, en voz alta.

Ni siquiera su ropero, traído de Washington, le convencía de la lealtad de Selly.

Iba a salir de la habitación, cuando reparó en otro armario situado enfrente al que tenía su ropa. Lo abrió, y vio colgando de una percha unas prendas sucias de tierra y sangre.

En el suelo del armario, unas botas, también sucias.

Estuvo unos momentos mirando aquello, sin tocar nada. De pronto tuvo la sensación de que lo estaban mirando, y volvió rápidamente la cabeza.

Era Selly, parada en la puerta, mirándolo intrigada.

—¿A quién pertenecía esto?

—A Bud.

—¿Y para qué está aquí?

—Fue idea de tu jefe —contestó Selly—. Lo dejé todo ahí, como señuelo… Lo primero que he hecho al volver, ha sido mirar ese armario. No está como yo lo dejé. Esa ropa ha sido manoseada…

Hizo efecto. Roy dejó de pensar en que la muchacha podía estar de parte del adversario y se dedicó de lleno a meditar sobre lo que tenía a la vista.

—¿No has advertido ningún otro cambio?

—No. El "visitante" solo se ha ocupado de esa ropa… Y he subido para decirte que se acerca un coche.

Roy miró por la ventana. Estaba ya en el último tramo de la cuesta que llevaba a la plazoleta donde se encontraba el "bungalow".

—Es el mismo coche que se detuvo en la carretera —dijo Roy.

—Será Schaer… ¿Conoces el historial de ese hombre?

—Lo suficiente para saber dónde tiene el fallo —contestó Roy, pensando deprisa, ligando ideas apenas esbozadas.

—¿El fallo?

—¡Sí! ¡La vanidad, el tocar con las manos los colmillos del león, es el fallo de tipos como Schaer…! ¡Ya sé por qué te ha facilitado este refugio…! ¡Vamos…!

El coche estaba llegando a la plazoleta. Cogió de un brazo a Selly y descendieron la escalera, lentamente.

Cuando Jos Schaer asomó en la puerta, la pareja estaba descendiendo los últimos escalones, Roy teniendo una mano en la cintura de Selly.

Jos Schaer era un individuo de contrastes, gesticulante. A cada palabra que pronunciaba, movía las cejas.

—¡Oh…! ¡No podrán ustedes perdonarme si he llegado inoportunamente…!

Quedó con los brazos en cruz, como desafiando una descarga de pistolas.

—¿Por qué inoportunamente, señor Schaer? —preguntó Selly, riendo.

—¡Vean! ¡Recién casados…!

—Hay tiempo para todo —dijo Roy—. Para amar y para recibir visitas… ¿Conque usted es Schaer?

—¡Yo, sí…! ¡Y no diga que no me conoce…! Primero, porque no le creería. Y si me convenciera de que no me conoce, me llevaría el gran disgusto. Tengo a orgullo que me conozca toda la policía del país. Y todos los reporteros… ¿Verdad que me conocía?

Roy, mirándolo con un brillo burlón en los ojos, contestó:

—Sí, Schaer… Y yo tengo otro orgullo.

—¿Cuál?

—Conocer a las personas mucho antes de acercarme a ellas. En realidad, las veo mejor desde lejos.

Selly se apresuró a dar un corte al tema.

—Roy está encantado del albergue.

—¡Lo celebro! Porque mi mayor satisfacción será tenerles aquí mucho tiempo… Compréndame: no es un deseo desinteresado. Si yo tengo a la policía al lado, ¿qué mayor seguridad…? Los otros “bungalows” están ocupados por gente muy destacada, tanto en el arte, como en la política o las finanzas… También hay invitados en mi finca, y espero a otros muchos. Esto podía alarmar allá abajo… ¡Oh, sí! No es la primera reunión que se efectúa en mi casa, que no produce la alarma entre la policía. Y plagas de reporteros se dejan caer, para hacer la vida imposible a mis invitados. Por mí, personalmente, encantado… Pero algunos de mis amigos odian la publicidad. Bien… Estando ustedes, allá abajo se sentirán tranquilos. ¿No creen?

—Es de suponer —contestó Roy—. Y tanto yo como Selly, procuraremos que no molesten.

—¡Eso esperaba! ¡Muy bien…! ¡Oh! ¡Tienen que conocer a algunos de mis invitados…! Han de asistir a la cena. Sin excusas. Y nada de etiquetas. Tal como visten… ¿De acuerdo…?

Tendió las manos a Selly, le cogió una y la besó en el dorso. Enseguida le estrechó la derecha a Roy.

—Para dentro de una hora les espero… Les dejo.

Salió, después de hacer una reverencia en la puerta. Al instante el coche había desaparecido, carretera abajo.

Selly permaneció inmóvil, observando a Roy, quien de una ventana pasaba a la otra, atisbando afuera.

—¿Qué piensas de la actitud de Schaer? —preguntó Selly.

—Que no me explico cómo un payaso como él, ha podido escalar una posición como la que ocupa —contestó Roy, con vos tan alta, que Selly le miró sorprendida.

Enseguida pensó que hablaba así porque sospechaba que había alguien afuera, y quería que le oyera.

—Schaer se comporta así en la vida privada —contestó Selly—. Para los negocios dicen que es muy serio, y muy severo…

—¡Un fantoche que ha tenido la suerte de rodearse de bodoques que lo creen un genio…! Nada de lo que se dice de él, de su hombría y de su sagacidad, es cierto. Ya lo sospechaba antes de verle. Ahora estoy convencido.

Todo seguía diciéndolo con voz alta. Selly le miraba intrigada. Roy fue a mirar por una ventana. Cuando se volvió de cara a Selly, su gesto era divertido.

—Mañana revisaré todo el “bungalow” —dijo, muy bajo—. Pero es seguro que está minado de micrófonos… El coche se ha detenido dos veces, seguramente buscando el sitio propicio para oírnos mejor. Le he dado

facilidades…

Soltó una carcajada, señalando a la ventana. Selly acudió allí. Y vio el coche de Schaer enfilando el valle como si llevase los frenos rotos.

—¡Entonces nos ha oído, cuando hablábamos de la ropa de Bud! —exclamó Selly, palideciendo.

—¿Y qué importa? Esta partida es a cartas descubiertas. Schaer no renunciará al juego, si es como yo pienso. Más que nunca querrá tocar los colmillos del adversario… Y la idea de que no lo considero un hombre extraordinario, lo obsesionará. Esto quizá lo empuje a cometer alguna torpeza.

Hablaba ahora en un susurro. Aun así no se fiaba y haciéndole un guiño a Selly, dijo:

—Demos un paseo por fuera. Queda tiempo para ir a la finca…

Se alejaron de la cabaña. Las paredes eran de piedra, simulando muros rústicos, sin revestir.

—Bud vio más de lo que dejó escrito —manifestó Roy, al llegar a un grupo de rocas desde el que podían dominar una vasta extensión de terreno—. Hay cosas en la copia que me has dado, que para mí tienen sentido… ¿Habéis registrado su ropa?

—Detenidamente.

—¿Y sus zapatos?

—Lo primero que miramos. En los tacones lleva un dispositivo, como el que utilizan los contrabandistas Y nada contenían…

El rostro de Roy fue iluminándose.

—¡Espera…!

Sacó el papel de seda y buscó una de las últimas líneas.

> “Comparto tu opinión, que es pensar con los PIES, intentar que se olviden de los TACONES…”

—¿Lo primero que mirasteis fueron los tacones? —preguntó Roy.

—Sí. Hay ahí una indicación.

—Aquí dice que comparte la opinión de alguien que no parecía aprobar ese truco, por demasiado utilizado.

Selly hacía esfuerzos por disimular su ansiedad.

—¿Y quién no aprobaba…?

—Yo. Discutí más de una vez con Bud que difícilmente se me escaparía nadie que llevase diamantes o droga en los tacones, nada más con verle andar en el momento de colocarse frente al agente de Aduanas y luego, al alejarse. Bud replicaba que en momentos de aglomeración, si no había sospechas sobre el individuo, el procedimiento daba resultado. Por desgracia, tenía razón… Esto nos llevó a hablar de Corea, donde presté servicio en el departamento de contraespionaje. Le referí algo que me ocurrió, en escampado, sin medios para tomar el apunte de un croquis. Le

dije que en lo que menos pensé fue en los tacones... Vamos a la cabaña.

Regresaron deprisa. Ya dentro cerraron la puerta.

—Di cualquier cosa —indicó Roy, al entrar en la habitación donde estaba la ropa de Bud.

—¿No es mejor permanecer callados? —musitó Selly.

Roy sonrió maliciosamente.

—Si no te preocupa que piensen...

Selly enrojeció e hizo un gesto severo.

—¡Estás preciosa, querida! —exclamó Roy, en voz alta.

Se sentó en el suelo, ya con las botas de Bud frente a él. Sacó un corta plumas y después de examinar las dos botas, introdujo la hoja de acero en el sitio donde el cuero superior y el de la suela se unían.

Iba tanteando, sin meter mucho la hoja. Al llegar al sitio que correspondía al dedo pequeño de la bota izquierda, la hoja entró con facilidad.

Roy se puso a mover la cabeza asintiendo, sin mirar a Selly ni decir nada. Indicaba que Bud había seguido lo que Roy hizo una vez, encontrándose sin medios para plasmar un dibujo que importaba no descubriese el enemigo, en el caso de que cayera prisionero.

Bastaba con disponer de un cuchillo, y unas botas. Y de paciencia. Maniobrando con el cuchillo, había que conseguir que una lámina de cuero se desprendiese de casi todos los dedos menos de uno, de manera que permitiese ser movida y luego, que pudiera volver al sitio, encajando de manera que a las pocas pisadas casi no pudiese advertirse por el relieve que dentro había algo fuera de sitio.

Para la bota de Bud no había que gastar tanto tiempo. Lo que importaba era abrirla cuanto antes.

De todo un día había dispuesto Bud para efectuar aquel trabajo, el dejar trazado en el cuero de una bota determinadas frases que daban sentido a las que dejó escritas en las cuartillas.

Mientras Roy miraba los trazos hechos a lápiz sobre una lámina de cuero cortada en forma de empuñadura de revólver, iba escribiendo sobre un bloc que había dejado en el suelo.

Selly se arrodilló a su lado, mirando lo que escribía.

—Vigila abajo —murmuró Roy.

—La puerta está cerrada con pestillo.

—Pero no las ventanas —contestó Roy.

Selly ahogó una exclamación, de reproche a sí misma por no haber tenido en cuenta que las ventanas quedaban solamente defendidas por las puertas de cristales.

Fue a situarse en el pasillo. Primero entró en su habitación y cogió la pistola.

Roy descuartizó las dos botas. En la que correspondía al pie derecho no

había nada.

Los trozos de cuero los envolvió en una tela para llevarlos al departamento que servía de garaje, situado a un lado del "bungalow". El suelo era de tierra, con una alfombra arenisca. Lo enterraría allí.

Roy sabía que no era lo más importante que el enemigo no diera con las botas de Bud, ahora que estaban destrozadas. Pero si no sabían que habían manipulado en ellas, quizá pudiesen tener al adversario algo suspenso, en burlona expectativa.

Cuando Roy llegó junto a Selly, le puso una mano sobre un hombro. Enseguida se inclinó, dándole tiempo a que ella se retirara.

Pero como Selly no se movió, Roy concluyó el movimiento que había iniciado. La besó Suavemente en los labios y separándose de ella dos pasos, dijo:

—El beso de paz...

Selly no había cambiado de expresión. Mirando severamente a Roy, preguntó:

—¿Es que había guerra entre nosotros?

—Sí. La peor que podía haber: desconfiábamos uno del otro... Tú de mí, tanto como yo de ti.

Tras un silencio, murmuró Selly:

—Yo no desconfiaba...

—No mientas. Tú y el inspector Urner... Has dicho que el enemigo seguía mis pasos en Bangkok. Estoy seguro de que eran agentes que el inspector echaba tras de mí... Y el traer la ropa de Bud aquí, ha sido tanto una llamada a mí "conciencia", como una piedra de toque para que yo demostrara si obraba con lealtad al Departamento...

—¡Te estás pasando de listo, Roy! —dijo gravemente Selly.

Pero, por momentos, Selly parecía más insegura. Roy seguía mirándola, sonriendo.

—Hasta me atrevería a asegurar que tú insinuaste al inspector Urner que quizá pudiese ser yo el culpable de la muerte de Bud...

—¡No! ¡Eso, no! —gritó la joven, muy afectada.

—¿Eso, no? Entonces...

Selly inclinó la cabeza.

—En las notas de Bud había demasiadas alusiones a ti. Podían ser una velada acusación...

Siguió un silencio, durante el cual Selly temió mirar de frente a Roy.

—Reconozco que tu jefe tenía razón cuando me dijo que sospechar de ti era tanto como poner en la picota a todo el Departamento. ¡Bien, policía "ejemplar"...! Un tanto a tu favor.

—Dejémoslo en tablas. Yo tampoco me fiaba de ti.

—¿Y ahora sí...? Si has descubierto algo importan te, es mejor, que te lo calles, hasta que regresemos, por si le hago una confidencia a Schaer.

El tono quería ser jocoso, pero había un matiz irritado.

—Lo pensaré —contestó Roy—. Voy por el coche.

Se llevó el envoltorio donde iban las botas. Cuando salió del garaje y puso el coche frente a la puerta del "bungalow", vio a Selly, paseándose dentro, fumando, muy nerviosa.

Hizo dos llamadas de claxon. Ella no salía.

—¿Qué ocurre?

—¡Que no voy! ¡Ve tú...!

Sin abrir la portezuela, Roy saltó a tierra. Se paró en la puerta.

—¿A qué viene esto ahora?

Selly iba a contestar alto, pero se contuvo, mirando a su alrededor. Para que los posibles micrófonos no captaran la respuesta, se acercó adonde estaba Roy.

—¡Estamos tras de Jos Schaer y él lo sabe...!

—Ya lo suponía, desde el momento que me dijiste que le pertenecía todo esto y aceptasteis su invitación.

Selly no parecía reparar en que horas antes fue precisamente ella quien alardeó de firmeza, cuando Roy dio el efecto de que vacilaba.

—Estás perdiendo la iniciativa —observó Roy.

—¡Te has burlado de Schaer y es seguro que nos prepara algo!

—Mejor.

—¡Pero sería absurdo colocarnos bajo sus garras, ahora que hemos conseguido...!

Se interrumpió, al ver que Roy sonreía, burlón.

—¿Qué hemos conseguido?

Ella lo miró dubitativa.

—¿Quieres decir... que nada definitivo...?

—Nada —contestó Roy.

La cogió de un brazo y la llevó fuera de la casa. Y cerró con llave.

Fue descendiendo, Roy al volante, cuando dijo:

—Había mucho en las botas de nuestro malogrado amigo... Falta coordinar... Todo es un poco extraño...

—¿Por qué me has mentido?

—Te olvidas muy fácilmente de los micrófonos...

—¡No habrá ninguno! ¡Son aprensiones tuyas! Demasiado sabe Schaer que íbamos a recelar.

Roy se echó a reír.

—Ese tipo es de los que tienen a vanagloria ir contra la lógica. ¿Qué es lo que no haría otro que pensara con detenimiento? Pues eso precisamente hará Schaer. Para cazarlo, acostúmbrate a pensar así.

—De todas formas, si algo importante has conseguido, deberíamos hacer cualquier cosa menos meternos en su finca.

—Es lo que Schaer espera seguramente que hagamos: quedarnos en la

cabaña, o intentar marcharnos... Por al camino tendríamos un “tropiezo”.

Al remontar el *monte* que tenían enfrente, apenas asomar en la vertiente opuesta, divisaron la finca de Schaer. Era un edificio muy grande, con vasto jardín, piscina, cochera...

Había muchos coches a un lado del edificio, lejos del garaje. No mintió Schaer cuando aseguró que gente destacada en el arte, en las finanzas o la política, se encontraba entre sus invitados, o entre los vecinos que ocupaban los distintos “bungalow”.

Jos Schaer los recibió en la terraza.

—¡Bienvenida la pareja feliz...!

Pero no los presentó a nadie. Los llevó apresuradamente al interior de la casa.

—Hay un contratiempo —dijo, ya solos los tres en un gabinete—. ¡Cómo lo siento...!

—¿Qué es ello? —preguntó Roy.

—Se refiere a usted, Loew... Uno de mis invitados parece que está resentido con usted... por una detención injustificada, hará un año poco más o menos.

—¿Injustificada?

—Sí... Bueno, las pruebas cantan. A las cuarenta y ocho horas de detenerlo usted, se encontraba en la calle.

—Eso no prueba mucho... Y bien: ¿qué quiere darnos a entender con todo esto?

—Que nos vayamos —dijo Selly.

—¡Oh, no! Yo no les pido eso... Pero tampoco puedo decirle, a mí invitado que se vaya. El quedarse o irse, eso ya es cuestión de usted, Loew. Lo que yo no quisiera es que si les ocurriera algo, me lo achacaran a mí.

—¿Usted cree posible que dentro de su casa, uno de sus invitados va a atreverse? —preguntó con sorna Roy.

—¡Claro que en mi casa no! Pero ¿y al salir de aquí? ¡Eso es lo que quiero que la señorita Pack tenga en cuenta...!

—¿La señorita Pack? —señaló Roy.

Jos Schaer pareció cohibirse por primera vez.

—¡Perdonen! ¡No me acostumbro a verla casada...!

Señora Loew: yo sí debía estar resentido con su marido...

—¿Y no lo está, Schaer? —preguntó Roy, dispuesto a no dejarlo respirar.

—¿Por qué había de estarlo? Hace tiempo que me di cuenta de que no soy el hombre que una muchacha como Selly merece... Aquí, en secreto, soy... mucho menos de lo que la gente supone. En realidad, un pobre diablo... ¡Eso soy!

Lo último fue dicho con voz ronca. Su rostro se había puesto rojo.

Roy miró a Selly: “¿Convencida de que oyó?”, le preguntaba la mirada

de Roy.

—No sea modesto, Schaer —replicó Roy—. Todos le admiramos, y usted lo sabe.

Se quedó mirándolo a los ojos, para mayor burla. En unos segundos las pupilas de Jos Schaer descubrieron el infierno que bullía en su interior.

—¿Usted me admira, Loew?

—Usted *sabe* que sí… Y bien: ¿por qué no llama a su invitado? Me gustaría disculparme…

Jos Schaer dio un salto atrás, por un golpe de sorpresa.

—¿Para disculparse? ¿Usted haría eso…?

—¿Por qué no?

—¿Y qué diría Selly?

—¿Qué cree usted que podía yo decir? —inquirió ella.

—Que su marido… tomaba miedo…

—Si existen motivos para disculparse, es de valientes hacerlo. Tráigame a ese hombre…

Jos Schaer iba a marcharse, pero ya en la puerta se volvió, pensativo.

—Un momento, Loew: me gusta jugar limpio… Desde su punto de vista, como agente, es posible que hubiera motivo para detenerlo. Pero mi invitado lo ve de otra forma… Así que, lo mejor es dejar que algunos de mis criados les acompañen a su "bungalow" y procuren ustedes no descuidarse esta noche… Mañana espero haber convencido a mí amigo, para que se vaya. Aunque ustedes no están aquí ahora como policías…

La respuesta de Roy fue apartar a Jos Schaer de la puerta y disponerse a salir el primero.

—Puesto que usted vacila en presentármelo, yo lo buscaré…

Se encaminó a la terraza. Schaer miró a Selly.

—¡Si usted aprecia a ese hombre…!

—Es mi "marido", señor Schaer.

El hizo una mueca y por unos momentos pareció que fuera a contestar con una risotada.

—Bien… Si aprecia a su… "marido", convénzalo para que se marche…

—¿Y que se esconda? Roy no es de esa clase. Y esa es lo que usted ha querido poner a prueba…

—¡No sé por qué motivo!

—Por el mismo motivo que quiso usted comprobar si yo me atrevería a venir a este lugar…

—¡Pero, Selly…! ¡Aquí viene gente respetable! ¿Por qué tenía que dudar que usted vendría… cuando se casara?

Iban por dónde se había marchado Roy.

—Se va a ver en un apuro, señor Schaer, si Roy no encuentra a su "resentido" invitado. Pensará que ha querido usted burlarse…

—¡Pues va a encontrarlo…!

Salió delante de Selly, pasó junto a Roy, que se hallaba en la terraza, descendió deprisa la escalera y desapareció por una esquina del edificio.

Mucha gente que había en el jardín miraba a Roy. Al aparecer Selly y colocarse a su lado, la atención aumentó.

Se había corrido la voz de que los dos pertenecían a la policía y que eran invitados de Schaer. Lo celebraban como un nuevo alarde del anfitrión.

—¿Sabes lo que piensa esa gente, Roy?

—Lo imagino: que Schaer nos va a apabullar con su generosidad y que nos iremos sintiéndonos muy honrados…

—No seríamos los primeros policías que se han comportado así —manifestó Selly, amargamente—. Gracias a eso pueden prosperar tipos como Schaer…

—Me gusta oírtelo, Selly. Saldremos de la finca, pero demostrando que no nos sentimos “honrados” de haber estado aquí.

Había mujeres muy hermosas, y muy jóvenes, acompañadas de hombres ya maduros. Algunas parecían haberse excedido en el cóctel de la tarde, y reían desaforadamente.

—Alguna irá a la piscina —comentó Roy, en el momento en que Schaer empezaba a subir la escalera, acompañado de un individuo de anchos hombros, nariz aplastada, y que a la milla olía a guardaespaldas.

—Este amigo es el que está algo molesto con usted, Loew…

Roy, apenas mirarlo, dijo:

—Pudo buscarlo más feo, Schaer.

Lo inesperado de la respuesta hizo que Selly prorrumpiera en carcajadas. Sin darse cuenta, secundaba a Roy, quien sabía que empujando a Schaer al ridículo, perdería los estribos.

—¿Qué quiere decir, Loew? —gritó Schaer. Y dirigiéndose al individuo —: ¿Qué esperas, imbécil?

El individuo de la nariz aplastada cerró las manos, adelantándolas hacia el rostro de Roy.

—Ahora no ejerces como sabueso… ¡Me debes…!

Roy sabía que tenía delante a un experto del boxeo. A un cuerpo de granito, de fuerza arrolladora. Si perdía el tiempo en explicaciones, al menor descuido, un mazazo de su contrincante lo dejaría dormido por un largo rato, y Schaer se pavonearía entre sus invitados.

Primero golpear, y luego explicar.

—Te debo… —le interrumpió Roy, haciendo una finta.

El de la nariz aplastada lo adivinó, y en vez de estirar los brazos, les encogió, echando el tronco hacia atrás, para levantar un pie y dar en el estómago de su contrario.

Pero Roy intuyó esta treta, saltó a un lado y cuando su contrincante levantó el pie, lo agarró y tiró con fuerza, en un movimiento rápido.

El individuo tuvo que girar, con un pie en el suelo, dando con la espalda contra la balaustrada.

Roy no le dio respiro y antes de que recobrara el equilibrio, lo cogió del pecho con una mano y levantó el otro puño, buscándole las mandíbulas. Al producirse el chasquido lo soltó.

El individuo emitió un aullido y embistió con la cabeza baja. Roy se agachó y con el puño izquierdo le dio en el estómago. Su contrincante se enderezó y el puño derecho de Roy dio por segunda vez en las mandíbulas.

El pasado cuerpo retumbó sobre el mármol de la terraza. Y siguió un silencio absoluto. Ni siquiera sonaban los pasos de los que subían por la escalinata, mujeres y hombres, para ver al que había quedado inerte.

Jos Schaer fue el primero en romper el silencio.

—¡Le felicito, Loew...! Muy pocos pueden sentirse orgullosos de haber derribado a Killian...

—No he venido aquí para vanagloriarme de nada... Usted me ha puesto en el trance de pelear o tomar la retirada...

—¡Es cierto, Loew! Pero no hay que tomarlo por la tremenda... Es una de mis viejas bromas.

—¿De veras?

—Sí, Loew... Pregunte a cualquiera de mis amigos —y dirigiéndose a algunos invitados—: ¿Se acuerdan cuando en una fiesta en Beverly Hills, invitamos a un inspector? ¿Tardó mucho en esfumarse, cuando le dije que uno de sus antiguos “clientes” quería ajustar cuentas?

Prorrumpió en carcajadas, que enseguida secundaron los invitados.

—Muy pocos hubieran aceptado el reto, en la situación en que usted se encuentra, Loew —siguió Schaer, procurando un tono cordial—. Ahí es nada: exponerse a que un gorila como Killian le derribase de un zarpazo, estando su preciosa mujer presenciándolo...

Selly, cada vez más segura al saberse admirada y envidiada por cuantos la veían, se colocó frente a Schaer.

—Usted esperaba una “cautelosa” retirada...

—Pues sí, lo confieso.

—¿Quiere decir que le estorbamos en el “bungalow”? —preguntó Roy, sin parecer incomodado.

—¡Oh, no! ¡Me darían el gran disgusto si se marcharan!

Era lo que Roy quería que dijera.

—Está bien. Olvidado el incidente... Pero no se moleste si nos retiramos. Va a ponerse el sol, y mi esposa y yo todavía nos encontramos en el período de desear contemplar a solas esa belleza.

La cogió del talle. La mayoría de las jóvenes hicieron un gesto de cómica emoción, pero cuando miraban la esbelta y fornida figura de Roy, su gesto traslucía algo muy distinto que burla.

Para Selly no podía pasar inadvertido que el éxito que Roy estaba

obteniendo en las mujeres era tan arrollador como la admiración que ella despertaba en los hombres.

—¡Está bien, parejita...! —exclamó Schaer, riendo—. ¡Todos nos hacemos cargo...! Los invitados pasan por una prueba. Ustedes han salido muy bien de la que les tenía preparada... Los consideramos nuestros amigos. Mañana iremos por ustedes para que nos acompañen a una de nuestras excursiones... ¿De acuerdo?

Lo decía mientras bajaba la escalera, acompañándoles hasta el coche. Hasta que Roy no se sentó al volante, no contestó. Selly tenía decidido permanecer callada, no sabiendo qué propósitos abrigaba Roy.

—¿Qué me contesta, Loew? ¿Nos acompañarán mañana?

—Conforme —y pisó el acelerador, enfilando la avenida que cruzaba el jardín.

# CAPÍTULO IV

Jos Schaer vio, desde el tercer peldaño, cómo se alejaba el coche en que iban Roy y Selly. Esperó allí hasta que desaparecieron en una curva de la carretera.

Entonces continuó subiendo la escalera. Al llegar al final vio en la puerta a tres hombres poco más o menos de su misma edad, que le miraban severamente.

Los tres vestían tan bien como Schaer, con la ventaja de que sabían llevar mejor la buena ropa.

Schaer supo interpretar aquella mirada y, sonriendo, pasó rozándolos y se metió en el edificio. Los tres echaron detrás.

Schaer siguió vestíbulo adelante, cruzó una sala, luego otra, canturreando, como no advirtiendo que era seguido por los tres adustos caballeros.

Por fin se detuvo ante una puerta, giró el pomo y entró en un amplio despacho, donde había varios sillones de cuero.

Schaer se colocó junto a la mesa escritorio y aguardó de pie, sonriente, a que los tres se sentaran.

—¿A qué viene esa cara, amigos? —preguntó, en tono divertido.

—¿Se atreve a preguntarlo? —dijo el más delgado de los tres, y que tenía una nuez muy abultada—. ¡Da escalofríos su forma de comportarse, Schaer...!

—¡Sí! ¡No se comprende su empeño en tender un alambre por encima de un volcán, y querer cruzarlo, dando saltos! —exclamó el caballero.

Jos Schaer se quedó mirando al tercero.

—¿Nada tiene usted que decir, Wacker?

—¡Lo mismo que mis amigos! ¡Qué no comprendo...!

—¡Qué poca imaginación tienen, mis queridos amigos! ¡Usted, Wacker, un creador de películas tan llenas de absurdos, se atreve a decir que no comprende...! ¡Y usted, Gauly, el que a la hora de los discursos dice las mayores contradicciones y sandeces...! En cuanto a usted, Daven...

El hombre flaco de la abultada nuez, se levantó.

—¡Schaer! ¡Nos estamos cansando de sus arbitrariedades...! ¡Tenemos derecho a llamarle la atención...!

Jos Schaer se cruzó de brazos, apoyándose en la mesa escritorio.

—Bien: empiecen, ¿qué es lo que va mal?

—¡Está metiendo a la policía en casa! —gritó Daven, el más excitado.

—¿No es mejor abrirles la puerta, a esperar que la derriben? Les dije que tuvimos un fallo en uno de nuestros transportes, y ustedes no me

prestaron atención. A ustedes les bastó con saber que la “mercancía” se había salvado…

Explicó el cambio de ruta que tuvo que realizar el avión en que iba Bud Eisner.

—Un agente consiguió filtrarse en la tripulación del aparato que transportaba la mayor carga que hemos expuesto hasta ahora… Mis hombres lo sorprendieron en el momento en que iba a lanzarse en paracaídas, y le dispararon.

Mentía. Repetía la misma mentira que le dijeron a Schaer sus subordinados, en las primeras horas del tropiezo con Bud Eisner.

Cuando supo que había sido muerto en tierra, Schaer fue llamando a los responsables de la falsa versión. Ya ninguno de ellos tendría otra ocasión de mentir. En los montes donde Schaer estaba levantando “bungalows” de lujo, había muchos fosos, que de la noche a la mañana quedaban cubiertos.

Todo el personal de la cantera había sido trasladado. La antigua plantilla de Schaer, fue desperdigada por todo el país, algunos incluso se habían marchado al extranjero.

—Ustedes no tienen motivo de queja, porque nunca les he fallado —concluyó Schaer, haciendo un gesto de gran general ante su victorioso ejército.

—¡Por eso tememos! ¡Los éxitos continuos, son una peligrosa droga! —observó Wacker, el director de cine.

—¡Al diablo usted y sus frases! —rechazó violentamente Schaer—. Yo no me duermo sobre los laureles. Sé que tengo a los sabuesos a mí alrededor y en vez de esquivarlos, los busco, los invito a mí casa… ¿Y qué?

Los tres personajes, como impulsados por un mismo resorte, se levantaron.

—¿Y lo pregunta? —gritó Daven, convulso.

—¡Arriesga nuestro prestigio y nuestro dinero! —vociferó el político Gauly.

—¿El mío no cuenta? —preguntó Schaer, incisivo.

—¡Pero usted sabe al menos dónde se encuentra la “mercancía”, y en un momento de peligro puede desaparecer con ella, dejándonos en la estacada! —le espetó Daven.

Jos Schaer avanzó hacia el flaco individuo y lo agarró del pecho.

—¡Jos Schaer nunca huye…! ¿Se da cuenta, Daven? ¡Nunca huye…! En cuanto a la “mercancía”, yo solamente sé dónde está. Es mi única seguridad. Así me pongo a cubierto de cualquier defección de ustedes…

Como los tres hicieran un gesto de protesta, Schaer continuó, ahora en tono sardónico:

—¿Qué les sulfura? Es seguro que alguno de ustedes ha sentido la tentación de ponerse de acuerdo con la policía, para salvar su parte en el

botín. Pero se encuentran con el obstáculo de que ninguno sabe dónde se halla la “mercancía”. ¡Ya pueden husmear! ¡Ustedes y la policía, pueden devanarse los sesos tratando de averiguar dónde guardo todo…! ¡Sigan buscando!

Jos Schaer se puso a reír, paseando por delante de los tres. Cuando cesó la risa, quedó un silencio.

Los tres personajes se sentaron.

—¿Nunca podremos desligarnos de usted, Schaer? —preguntó Daven.

—Mientras yo crea conveniente permanecer en el país, ustedes no podrán separarse de mí.

—¿Aunque nos comprometiéramos con un documento de haber tenido “negocios” con usted? —inquirió Wacker.

—¿Especificando la clase de “negocios”? —preguntó a su vez Schaer—. ¿Diciendo la verdad… que ustedes son los canales que me han permitido introducir la droga en las altas esferas? No creo que se atrevan —concluyó Schaer, riendo.

Podía reír, seguro de que no llegarían a ese extremo. Sería un suicidio, y el desencadenamiento de una sensacional campaña en la que se verían envueltas las familias de más relieve en el gran mundo.

Ninguno de los tres contestó. Schaer aguardó unos momentos, recreándose en su triunfo. Y cuando de nuevo habló, lo hizo empleando un tono condescendencia.

—No sean niños… Déjense llevar de quien sabe más que ustedes. Si yo no hubiera invitado a la policía, a estas horas tendríamos los alrededores de la finca cercada de sabuesos. Y ninguno de ustedes hubiera dado un paso sin tener a un policía detrás… Invitándolos yo, tengo la ventaja de que soy yo quien sigue los pasos de ellos. Quién sabe hasta cómo respiran. ¿Quieren una prueba?

Se detuvo, para consultar el reloj. Rodeó la mesa escritorio, abrió un cajón, introdujo una mano y presionó en una clavija.

—Nuestra pareja ya debe encontrarse en el “bungalow”… Atiendan…

Sobre la mesa había un altavoz de despacho. Se oyó un leve carraspeo.

—Están en el “bungalow”, pero están callados… —los ojos de Schaer adquirieron un brillo en el que se advertía la burla y un salvaje sensualismo—: ¡Quién sabe! Se pueden estar hablando de muy cerca. ¿Se! han Ajado ustedes en la clase de chica…? Daría media docena de las mejores que hay ahí fuera, por nuestra “detective”… ¿No opinan lo mismo?

Ninguno le hizo caso. Sabían cuán peligroso era Schaer, cuánto le obsesionaba un cuerpo bonito.

—¿Vamos a estorbarlos? —preguntó, después de esperar a que el carraspeo del altavoz cambiara.

Cogió el teléfono que había al otro lado de la mesa y marcó un número. Zumbó el timbre.

Al medio minuto, descolgaron el auricular.

—¿Diga?

—Hola, Loew… Soy Schaer. ¿No les he estorbado?

Al mismo tiempo que la voz de Roy se oía en el auricular que sujetaba Schaer, sonaba en el altavoz de la mesa.

—¿Se trata de otra broma, Schaer?

—Oh, no. Es para hablarles de la excursión de mañana. Tendrá que ser muy temprano… Al amanecer. ¿No será un inconveniente?

—No. Tanto a Selly como a mí… nos gusta ver salir el sol…

Los tres que miraban a Schaer pudieron advertir que palidecía.

* * *

Selly quedó con el bloc sobre las rodillas, mirando atónita a Roy, por lo que este acababa de decir por teléfono.

La muchacha todavía no tenía una idea concreta de lo que Roy había conseguido coordinar de los informes de Bud, cuando veía que le daba a entender a Schaer que iba sobre la clave.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó, más con los ojos que con la voz, tan pronto Roy dejó el teléfono.

Antes de contestarle, Roy le hizo un gesto de inteligencia y exclamó, alto, pareciendo irritado:

—¡Schaer nos está haciendo pagar su alojamiento, fastidiándonos todo lo posible! ¡Ahora quiere que madruguemos! Le he dicho que nos gusta ver salir el sol, para que no piense que nos molesta…

Selly sonrió, y asintió, con movimientos de cabeza.

—Lo mejor será marcharnos de aquí —dijo ella, también con voz alta.

—Mañana se lo diré.

Le hizo una seña, para que lo siguiera fuera del “bungalow”. Y ya en el exterior, reanudó lo que momentos antes le estaba explicando.

—La base de esta cabaña es de piedra roja. La que Bud indica que extraen de la cantera donde aterrizó…

—Todos los “bungalow” que hemos visto por aquí tienen esa clase de piedra —observó Selly—. Y también en la finca de Schaer…

Roy miraba hacia la puerta del garaje, donde había dejado el coche. Pronto el sol se pondría.

—Coge provisiones y equipo para pernoctar en el campo. Nos vamos —dijo Roy.

—¿A dónde?

—Aparentemente, a escapar de las impertinencias de Schaer. Nada de extraño tiene que una pareja como nosotros busque la soledad…

—¡Nos seguirán! ¡Es seguro que nos están espiando ahora mismo…!

Roy ensombreció el gesto.

—Si alguien intentara seguir nuestro coche, se llevaría una desagradable sorpresa. ¿Tú conoces bien la región?

—En todos sus pliegues.

—Tenemos que “extraviarnos”, y parar en la cantera…

Cuando salieron en el coche, pareció que buscaban la cima más alta, para ver la puesta del sol. Les estaban observando los enlaces de Schaer y comunicaron al jefe la dirección que tomaba el coche de la pareja.

—No hay que preocuparse. Es la puesta del sol lo que les interesa —contestó Schaer.

Pero a medianoche, Schaer todavía no había recibido noticia de que la pareja hubiese regresado. Y dio órdenes para que se movilizara la gente.

La táctica de Roy era la más eficaz que podía haber empleado con un individuo como Schaer, Jugaba a rozar con la yema de los dedos los colmillos de la fiera.

Le insinuaba que estaba sobre la pista, y enseguida procuraba desvirtuar ese rasgo. Desde que Schaer tuvo noticias de que el cadáver del agente Bud Eisner había sido encontrado por la policía, quedó en la duda de que alguno de sus subordinados le hubiese callado algo muy importante, que tuviese a toda la policía sobre la verdadera pista.

La pasividad en que la policía se mantuvo en los días posteriores, no llegó a tranquilizarlo. Otro hubiera procurado pasar inadvertido.

Jos Schaer, no. Su carrera de éxitos le empujaba a los golpes más audaces. Sabía que Selly estaba interesada en averiguar la muerte del agente Bud, y Schaer la invitó a permanecer en su área.

No contaba con que acompañara a la muchacha un individuo que tan rápidamente encajó la situación, y contestaba a Schaer con las mismas armas.

A medianoche, Schaer estaba desconcertado. A esto contribuía el no apreciar ningún movimiento sospechoso de la policía de Los Ángeles. Schaer disponía de medios para saber si enviaban agentes tras la pareja, para protegerlos.

Era como si efectivamente estuviesen gozando de un permiso, con motivo de haber contraído matrimonio, lo que Schaer sabía que no era cierto.

Por lo menos creía saberlo, hasta aquella noche. Ahora ya dudaba.

—¡Hay que localizarlos! —dijo a Elkin, su lugarteniente.

—¿A quién me llevo?

—A Killian. Hay que darle la oportunidad para que se cobre la paliza de esta tarde…

A las horas en que Schaer daba esta orden, Roy y Selly caminaban a campo traviesa. El coche había quedado fuera de la carretera, oculto en un terreno arbolado.

Les orientaban los perros, como un rato antes, las luces. Ahora no

podían ver ninguna luz, porque una loma las ocultaba, pero sus pasos hablan sido advertidos por los perros y no cesaban los ladridos.

Asomaron a la otra vertiente y distinguieron un edificio alargado. Era allí donde se veían varias luces.

De pronto, en una parte del muro que rodeaba el edificio, se formó un iluminado rectángulo. Acababa de abrirse una puerta, quedando enmarcada la silueta de un hombre, que sujetaba del collar a un enorme perro.

—Espera aquí —dijo Roy.

Antes de que Selly pudiera contestar, ya se había deslizado velozmente, quedando borrado por las tinieblas.

Al poco lo vio surgir en el rectángulo de luz. Con la mano en el bolsillo donde Roy se había puesto la pistola, se situó frente al hombre y el perro.

—¿Quién es? ¿Qué busca aquí?

—¡Preciso auxilio! ¡Hemos sufrido un vuelco...! Mi esposa ha quedado atrás, contusionada... ¿Tienen teléfono?

—Sí, desde luego —el hombre iba a apartarse de la puerta, para dejarle paso.

Pero entonces la luz dio en la figura de Roy. Algo debió ver el que estaba en la puerta, que no le gustó.

Retrocedió, dispuesto a cerrar, pero Roy puso un pie. No podía perder tiempo en tanteos, y apremió:

—¡Sujete al perro y procure que nadie advierta la menor alarma...!

A continuación llamó a Selly.

Momentos después se hallaban en una habitación en la que se apreciaban indicios de que había servido de oficina. Todavía se veía en uno de los rincones un fichero, en el más completo desorden.

Al entrar en la habitación, Roy se cercioró de que la puerta quedaba bien cerrada.

El hombre del perro parecía asustado.

—¿Qué hay en este edificio? —preguntó Roy.

—Esto era una fábrica de envases de hojalata... Ya no lo es —contestó el hombre.

—¿Cómo se llama?

—¿La fábrica o el lugar en que está?

—El lugar.

—Pues desde la mañana en que empezaron a sacar piedra del otro lado del río ya todos llaman a estos alrededores “La Cantera”.

Roy y Selly se miraron, para felicitarse por el sentido de orientación que habían tenido los dos.

—Arrímese a la pared y permanezca quieto —mandó Roy.

Selly cogió el teléfono y estableció conexión con el Departamento de policía, en Los Ángeles. Se limitó a mandar saludos para el inspector

Urner.

—Les tomé a ustedes por otra cosa —confesó el hombre del perro.

—La culpa ha sido mía —reconoció Roy—. Ahora, si usted no tiene inconveniente, sentémonos a charlar.

Un rato más tarde, Roy había puesto en claro lo siguiente: La fábrica, en la que trabajaron unos veinte hombres, hacía unas semanas que había cambiado de empresa.

El hombre del perro era el único que quedaba en la fábrica.

—¿Y por qué tantas luces? —preguntó Selly.

—Me hacen compañía. Los perros están menos asustados, si en la fábrica ven algunas luces. Es la única forma de que pueda dormir unas horas.

—¿Quién habita las casitas de los alrededores? —preguntó Roy.

—El personal de la cantera. Pero no creo que haya nadie. Hace unos días se interrumpió el trabajo y el personal se marchó.

—¿Era buena gente?

El hombre hizo un gesto de indiferencia.

—En realidad, apenas los traté. Aquí siempre veía caras nuevas.

De pronto, los expertos ojos de Roy repararon en algo que había en un rincón, tirado en el suelo. Se levantó, lo cogió y se quedó mirando al hombre:

—¿Para qué utiliza este traje de caucho?

—Para nada. Lo encontré hace unos días. El sol lo estaba convirtiendo en cartón.

—¿Dónde lo encontró?

—Entre unas matas. Se confundía con el terreno… En realidad, fue el perro quien lo localizó.

Selly apenas podía contener su emoción. Miraba fijamente el traje que suponía utilizado por Bud, cuando se lanzó del aparato.

Lo que Roy consideraba verdaderamente importante de aquel hallazgo era que confirmaba la interpretación que había dado a las frases a medio trazar en las cuartillas y en una hoja de cuero.

Roy fue a la puerta que daba al exterior. Teniéndola un poco entornada, observó afuera. Todo parecía en la más completa quietud.

—Llévenos a la cantera por el camino que usted considere menos frecuentado —dijo Roy.

El hombre no hizo el menor gesto.

—¿No le sorprende semejante paseo a estas horas? —preguntó Selly.

El hombre movió con lentitud la cabeza, en sentido negativo.

—No —murmuró, pensativo—. Desde algún tiempo a esta parte, ocurren aquí cosas extrañas… Tengo ganas de dejar este lugar. ¿Nos llevamos el perro?

—Desde luego —contestó Roy.

Cruzaron un arroyo por una pasarela hecha con tablas y hojalata. Rodearon varios montículos, cruzaron un sembrado y por fin llegaron al pie de una empinada vertiente.

—La cantera está al otro lado —indicó el hombre.

Emprendieron la vertiente. Al llegar a la cima, Roy preguntó:

—¿Por qué dice que ocurren cosas extrañas?

—Porque la cantera dejó de funcionar... No obstante... Bueno, esto resulta muy absurdo... Sin embargo, yo lo vi, por dos veces...

—Diga lo que sea —le animó Roy.

—Los perros estaban muy alarmados aquella noche. Salí dos veces de la fábrica y no vi nada. Pero al rato, otra vez los ladridos. Entonces decidí hacer un recorrido y me llevé a este perro. Llegamos hasta aquí. El animal se puso a gruñir... Yo miraba ahí abajo, esperando que se moviera algo. Pero nada... Me disponía a regresar a la fábrica, cuando el perro reanudó los gruñidos. Nos agazapamos detrás de unas rocas, porque pronto iba a amanecer... ¿Qué dirán que vi al romper el día?

—No se detenga —apremió Roy.

—Había tres hombres, como ateridos...

—¿Por qué cómo ateridos?

—Por la prisa que tenían porque saliera el sol.

A cada momento estaban volviendo la cabeza para mirar al horizonte... Salió el sol y... cuando yo esperaba que dejarían que calentase más, cargaron con un pedrusco y se marcharon. Dos días después ocurrió lo mismo...

Acababan de sentarse cuando el perro levantó el hocico y empezó a gruñir.

—¡Que no ladre! —pidió Roy.

—No lo hará —contestó el hombre.

A pesar de estar seguro de lo que haría el perro, con una mano formó una mordaza sobre la boca del animal. Abajo se oyó un leve silbido.

Al poco se vio la llama de un mechero, encendiendo un cigarrillo.

—¡Killian! ¿Qué demonios haces? —se oyó una voz irritada.

Roy tocó en un brazo a Selly.

—Allí los tenemos. Posiblemente han dado con nuestro coche.

—Seguro —contestó ella—. Han nombrado a Killian, Es el tipo que golpeaste esta tarde.

—Naturalmente. Así parecerá, si termina con nosotros, o nosotros con él, que es una cuestión personal. Quédate con este hombre...

—¿Qué vas a hacer?

Ya era demasiado tarde para lo que Roy pretendía. Los de abajo habían oído el rodar de unas piedras, movidas por los pies de Selly.

Prorrumpieron varias llamaradas, dirigidas a la cima. Los proyectiles pasaron muy cerca del grupo de Roy.

El obligó a la muchacha y al hombre del perro a que se colocaran al amparo de la vertiente contraria, y le dijo a Selly lo que tenía que hacer, tan pronto transcurriera medio minuto.

Desapareció, sin producir el menor ruido. Selly, ya en lugar seguro, lanzó dos piedras. De nuevo prorrumpieron las llamaradas.

Otras, salidas de la pistola de Roy, dieron la respuesta. Se oyó un alarido, y el choque de un cuerpo contra las piedras.

Siguió un silencio. Roy tuvo el acierto de no revelar su posición, una vez se hubo desplazado, al tiempo que terminaba de hacer los dos disparos.

Intuía que el enemigo se había aplastado al suelo, acechando en las tinieblas. Uno había caído alcanzado en la cabeza por una bala.

Quedaban otros dos individuos, Killian y el lugarteniente Elkin. Arriba, Selly y el hombre del perro permanecían inmóviles, conteniendo la respiración.

—¡Vámonos, Elkin…!

—¡Cállate! —rugió sordamente el otro.

Irrumpió una vaga sombra. Era Roy, que había dado un salto, para enseguida dejarse caer, en un escalofriante envite. Los dos individuos mordieron el anzuelo, disparando atropelladamente.

Roy tuvo tiempo de apuntar, entreviendo las figuras. Hizo dos disparos, uno para cada silueta. Una se desplomó de golpe, removiendo las piedras.

La otra, tras oscilar unos momentos, echó a correr, poseída de repentina vitalidad. Roy renunció a dispararle de nuevo, temiendo que hubiese más adversarios en los alrededores.

Retrocedió a la cima. Selly, al cerciorarse de que era él, presionó fuertemente en uno de sus brazos.

—Hay que telefonear —dijo Roy. Y dirigiéndose al hombre del perro—: Ya que usted quiere dejar este sitio cuanto antes…

—¡Ahora lo quiero más que nunca!

—Lo conseguirá. Antes que se haga de día, habrá aquí policía de Los Ángeles… Por teléfono explicaremos lo que ha ocurrido. Enseguida nos iremos. Usted se encerrará en la casa, y hasta que la policía no aparezca, no abra a nadie.

Tres cuartos de hora más tarde, Roy y Selly localizaron el coche que habían dejado en el interior de una arboleda.

Antes de llegar al vehículo, vieron que un coche arrancaba, llevando luces al mínimo. Apreciaron virajes extraños, como si el conductor estuviese embriagado.

Los dos pensaron que era el individuo tocado por el disparo de Roy, pero ninguno hizo el menor comentario…

# CAPÍTULO V

Con las luces apagadas subieron al “bungalow”. Entreveían apenas la cinta de la carretera. Pero era preferible exponerse a un choque contra un árbol o una roca, yendo como iban a poca velocidad, que correr el riesgo de una descarga de metralleta.

Ya en la plazoleta, Roy sacó del coche unos cuantos pedruscos, cogidos en la cantera. Todo, el equipo de excursión y las provisiones, lo dejaron fuera de la cabaña. Las piedras quedaron esparcidas, al pie de algunos árboles, rodeando el “bungalow” en semicírculo, por la parte de oriente.

Era muy posible que en la casa hubiese alguien, y por ello Roy renunció a entrar, hasta que clarease. Afuera había algo más importante que hacer.

De momento, echarse al pie de un árbol, envolverse con las mantas, y aguardar que clarease. Y mientras tanto, pensar en las notas dejadas por Bud.

En las mismas mantas se envolvieron, Roy y Selly. La madrugada era muy fría. Al mismo tiempo que se comunicaban el calor de sus cuerpos, podían hablar muy bajo, sin riesgo a que les oyeran, por cerca que estuviese el enemigo.

—En la hoja de cuero, Bud no hablaba en clave —dijo Roy—. Pero yo creí que sí… Dice: “Piedras tocadas por pulverizador, cambian de color treinta segundos, cuando asoma el sol”.

Se lo susurraba a un oído, sintiendo sobre su pecho el peso del cuerpo de Selly. La muchacha cada vez estaba más estrechada contra él, verdaderamente aterida, por el frío de la madrugada y las emociones experimentadas en tan pocas horas.

—El guardián de la fábrica ha dado un sentido exacto a lo que Bud escribió en el cuero de la bota. Lo que yo suponía un sentido figurado, es exactamente el que expresa. Ha de referirse a piedras sometidas a un tratamiento químico, que durante unos segundos cambian de color… ¿Me sigues?

—Sí —murmuró Selly—. Pero ¿por qué había de utilizar Schaer un método tan complicado?

—Porque es el que hasta ahora le ha permitido burlarse de toda la policía, y creo que hasta de sus compinches. En cualquier “bungalow” o pared que mire a oriente, puede haber una de estas piedras. En cualquier jardín particular en Nueva York, en Washington; en cualquier pared medianera que dé al jardín de un jefe de policía, o de un personaje político, Schaer puede tener un lote de droga… ¿Quieres mayor burla?

Durante unos momentos permanecieron callados, los rostros muy

juntos. Selly rio apagadamente.

—Desvarías, Roy...

—Lo sabremos muy pronto.

—¿Esperas que aquí haya alguna de esas piedras?

—Si el concepto que yo tengo de Schaer es exacto, en esta cabaña ha de haber algún depósito de droga. Para esa burla nos destinó este albergue.

Durante un rato permanecieron callados. La muchacha había recostado la cabeza sobre un hombro de Roy, y parecía dormida.

Él la miraba fijamente, tratando de arrancar de las tinieblas la armonía de facciones de aquel rostro que cada vez sentía más presente en su pensamiento. La tenía rodeada con los dos brazos. Advertía las profundas palpitaciones de su pecho y olía el perfume de su cabello.

Sin pensar lo que hacía, como impulsado por fuerzas más poderosas que su voluntad, inclinó la cabeza buscándole el rostro a Selly, y cuando sus labios encontraron los de la muchacha, les apresó, sosteniéndolos entre los suyos varios segundos, luchando por estrujarlos en un beso succionante...

Por suerte se oyó cerca el crujir de unas ramas y Roy salió rápidamente de su enervamiento, apartando suavemente a la muchacha. Empuñó la pistola, siguiendo tendido, de costado, al lado de Selly.

Seguían con las caras muy juntas y Roy se dio cuenta de que Selly permanecía con los ojos abiertos, no atreviéndose a moverse ni a preguntar nada, sabedora de que el peligro rondaba cerca.

De nuevo se oyó el crujir de unos arbustos. Pero ahora, más lejos. Y a continuación, el silencio más absoluto...

No se dieron cuenta de que el día ya estaba adueñándose de la situación. Los dos se veían los rostros, y era como si los descubrieran, rasgo a rasgo. Las miradas resbalaban, de la frente a la barbilla, y de pronto quedaban fijos los ojos de Roy y Selly. Todo en el mayor silencio, y sin que ninguno de los dos sonriera...

Ambos mantenían un asomo de estupor, como si el verse tendidos al pie de un mismo árbol, de cara uno al otro, fuese lo más absurdo.

—Ya es de día. Antes de que el sol llegue aquí, inspeccionaré la cabaña —dijo Roy, incorporándose.

Ella iba a seguirle, pero él le hizo una seña, indicándole que permaneciera allí, alerta.

Pronto encontró en el “bungalow” huellas de que había habido visita. Apenas abrió la puerta, vio huellas. Algunas cosas no estaban como las dejaron. Y una ventana se encontraba abierta, cuando Roy estaba seguro de haberlas cerrado todas.

Así que hubo recorrido todos los departamentos, llamó a Selly. De nuevo la ropa de Bud había sido manoseada.

—¿Qué esperan encontrar? —preguntó Selly.

Roy sonrió.

—Y lo preguntas tú. ¿Quién tuvo la idea de traer esta ropa aquí?

—El inspector Urner y yo. Pero teníamos un motivo para hacerlo...

—Saber ese motivo es lo que preocupa a Schaer. Es natural que lo intrigue, ver ropa vieja y manchada de sangre, en un solo armario, traída por una pareja que se propone vivir unos días despreocupadamente...

Roy se acercó a una de las ventanas que miraban al Este. Ya se insinuaba una uña sanguinolenta hincándose en la cordillera, para auparse y emprender el sol la carrera del día.

—¡Vamos! —ya estaba en la puerta que daba al corredor, cuando cambió de idea—: Mejor que te quedes...

—¿Por qué?

—Desde una de estas ventanas, podrás advertirme si me observan.

Comprendió que era lo más conveniente, pero Selly estaba demasiado ansiosa por comprobar lo que Roy había dicho sobre las piedras.

—¡Está bien...! —dijo, disgustada.

Roy corrió escaleras abajo. Ya fuera del “bungalow”, se colocó de espaldas al Este. A la vista tenía las piedras que había traído de la cantera, y que había dejado al pie de distintos árboles. Todas eran rojas. Pero algunas tenían vetas oscuras, o muy claras.

Esto no ocurría en ninguna de las que formaban la base del “bungalow,”. Todas eran igualmente rojas.

El sol llegaba desplegando una sutil red tejida con hilos de sangre y oro. Apresaba la copa de los árboles, los peñascos...

La luz oro sangre lamía la base de la cabaña. Roy miraba fijamente las piedras.

Tan abstraído estaba, que se olvidó de todo, incluso de que Selly estaba atisbando desde una de las ventanas altas.

Dos piedras parecieron apagarse. Roy cerró los ojos y los abrió enseguida, por si era un efecto óptico. Al mirarlas de nuevo, vio más claro el contraste que las dos piedras ofrecían con las otras.

Habían palidecido durante unos segundos. Y poco a poco iban encendiéndose, recobrando el color de las otras.

—¿Qué hace, Loew?

La voz sonó a sus espaldas. Era Jos Schaer.

—¡No me espante la pieza, Schaer! —contestó rápido, sin moverse.

—Aquí no hay caza... La habrá adónde vamos.

Roy empezó a incorporarse. Miró a las ventanas y no vio a Selly. Se volvió, con expresión adusta.

—Schaer... No iremos a su excursión —dijo, mirando fijamente al “gangster”.

Jos Schaer llevaba equipo de caza. No muy lejos se veían a varios individuos, vestidos igualmente como Schaer, todos provistos de escopeta.

En los ojos del “gangster” aparecían chispas de demoníaca furia, pero el gesto era sonriente.

—¿Qué me dice, Loew? ¿Por qué ese cambio? Usted me dijo...

—¡No importa lo que yo le dijera ayer tarde...! Mi esposa se siente indispuesta...

—¡Qué extraño! Hace un momento estaba aquí fuera con usted...

Roy veía que los demás individuos iban acercándose, formando semicírculo.

—Por momentos me decepciona usted más, Schaer. Tenía entendido que afrontaba las situaciones cara a cara, sin valerse de comparsas.

—¡Pero, Loew! ¿Por qué dice eso? Los que me acompañan son amigos... Usted los vio ayer tarde, en mi finca. Vamos de caza.

Roy le volvió la espalda y se encaminó a la puerta, mirando las dos piedras que por unos segundos cambiaron de color, para fijar en su mente la situación de cada una.

Una se encontraba a dos palmos del suelo, a un lado de la puerta. La otra, a un palmo de la ventana, en el otro lado de la puerta.

—¡Esto no es corresponder a mí hospitalidad, Loew! —prorrumpió Schaer, con voz irritada.

—¡Su hospitalidad! —exclamó Roy, entrando en la cabaña.

Allí le esperaba Selly.

—¡No funciona el teléfono! —le dijo ella, rápidamente.

—Era de suponer... No pierdas los nervios.

Con el gesto le indicó que se sentara. Ella obedeció y Roy se colocó de pie a su lado, los dos mirando hacia la puerta.

—Le estamos esperando, Schaer! Deje a sus “amigos” ahí fuera y venga a recibir nuestras explicaciones —invitó Roy, con clara ironía.

Afuera se oyó una exclamación de cólera. Schaer acababa de ver las piedras que había al pie de los árboles.

Entró en la cabaña, con el rostro congestionado. Al ver a los dos que sonreían, hizo esfuerzos por serenarse.

—¿Qué explicaciones pueden darme?

—Que, sintiéndolo mucho, no podemos acompañarles en la excursión... Queremos estar solos, Schaer.

—Pero ¿todavía no han estado bastante a solas?

—No. Nos hemos pasado la noche ahí fuera, porque el “bungalow” tiene su fantasma... Esto es muy desagradable, Schaer.

—¡Muy bien! ¡Márchense...!

—Lo haremos, tan pronto vengan por nosotros... “amigos” nuestros —contestó Roy.

Schaer dio un salto, otra vez con el rostro congestionado.

—¿Policía...? ¿Aquí policía...?

—¿Qué le ocurre, Schaer? Nunca la ha temido...

Roy pensaba en que los micrófonos estaban cumpliendo su misión, llevando a la Anca todo el diálogo. Si alguien estaba escuchando, se encargaría de esparcir la alarma.

—Ya me figuraba que su fachada era un engaño, Schaer. Usted dista mucho de tener el temple de que ha estado alardeando.

Era un golpe a pleno rostro, Schaer sabía que los tres personajes se encontraban en su despacho, escuchando por el altavoz de la mesa escritorio. El mismo les había invitado a que lo hicieran.

—¡Loew! ¡No me provoque! —dijo roncamente Schaer, los ojos fulgiéndole como bruñidos por el alcohol.

—Me he limitado a manifestarle el disgusto que me produce su forma de tratar a los “invitados” como nosotros...

—¡Usted lo ha dicho: “invitados” como ustedes...! ¿Cómo esperaban que los tratara? ¿Qué vienen a hacer aquí?

Selly no pudo permanecer callada por más tiempo. Se levantó, yendo hacia Schaer.

—¿A qué vienen esas protestas? No hemos hecho otra cosa que aceptar su reto. Usted ha estado mofándose de la policía. Su última burla ha sido traernos a su área... ¿De qué se queja?

Siguiendo la mirada de Schaer podía saberse en qué sitios estaban los micrófonos. Roy captó la dirección de algunas fugaces miradas.

Schaer compuso un gesto burlón.

—No me quejo de nada... Sería concederles demasiada importancia. Yo lo que digo...

De pronto se arrojó sobre Selly, sujetándola de los brazos, y obligándola a girar, para que le sirviera de escudo.

—¡Entrad! —gritó.

Asomó un individuo, provisto de escopeta. La llevaba en posición de disparar. Apuntó a Roy, en el momento en que este cambiaba una mirada con Selly y se dejaba caer, disparando la pistola.

El individuo soltó el arma y emitió un alarido. Giró unos momentos, mientras se encogía, y cayó en la puerta.

En el mismo instante en que se producía el disparo en la pistola de Roy, Selly hacía un hábil movimiento de judo, y Schaer salía disparado, yendo a dar contra el marco de la puerta. Allí rebotó y cayó fuera.

—¡Disparad! —gritó Schaer, mientras se arrastraba pegado a la base del “bungalow”.

Pero ya Roy había cogido la escopeta y la asomaba por el ángulo de una ventana. Selly, empuñando una pistola, fue a situarse en otra ventana.

La gente que iba con Schaer retrocedió, buscando los árboles. Desde allí hicieron algunos disparos, contra la fachada.

—¡Schaer! —gritó Roy, aprovechando una pausa—. ¡Gracias por hacer nuestro juego...! ¡Está dando tiempo a que nuestros compañeros

aparezcan...!

—¡Si vienen los demás sabuesos harán el viaje en vano, como siempre! —rugió Schaer, ya entre los árboles.

—¿Cómo siempre? Usted sabe que esta *vez* no tiene escapatoria... Se ha pasado de listo, al distribuir depósitos de heroína en terreno y edificios que constan a su nombre. Se van a demoler estos “bungalow”, y su palacio. Se van a detener a todos los que se relacionan con usted... ¡Nadie escapará de aquí...!

Selly miraba estupefacta a Roy, no explicándose que descubriese las cartas cuando la partida todavía estaba en su momento decisivo.

Lo comprendió momentos después, cuando súbitamente los alrededores quedaron en silencio. Abajo, en una replaza que se salía de la carretera y que estaba oculta por los árboles, había dos coches.

—¡Míralos! —dijo Roy, señalando los dos coches que a toda marcha subían la cuesta, dirigiéndose a la finca de Schaer, situada en la otra vertiente.

El muerto llevaba un cinto con cartuchos, como si efectivamente se hubiese equipado para ir de caza.

Llevaba también una pistola en la sobaquera. Roy le quitó el arma y el cinto. Cogiéndolo de los hombros, lo arrastró a un lado del “bungalow”, dejándolo tendido al pie de un árbol.

Mientras tanto, Selly cerraba las maderas de las ventanas, colocando muebles que pudieran servir de defensa. Roy se metió en el garaje y salió provisto de un pico.

Cuando la muchacha oyó golpes al lado de la puerta, salió.

—Pero ¿por qué te entretienes en eso...? ¡Pueden volver de un momento a otro...!

Roy sonrió. Sin dejar de dar golpes de pico, manifestó:

—Disponemos de unos cuantos minutos de pánico... Schaer va ahora a detener la estampida.

—No comprendo...

—Le preocupaban demasiado los micrófonos. Una prueba de que sus compinches estaban escuchando...

⋆ ⋆ ⋆

Tal como había dicho Roy, Schaer acudía a la finca para evitar la desbandada.

Ya era imposible. Únicamente los que permanecían en los “bungalow”, durmiendo, ignoraban que corrían el riesgo de caer en una redada de la policía, con su secuela de periodistas.

Wacker, el director de cine; el político Gauly y el financiero Daven, ya tenían el coche con el motor en marcha, cuando Schaer llegó.

—¿A dónde van? —les preguntó Schaer, manteniendo un gesto

tranquilo.

Los tres le miraron como si efectivamente vieran a un hombre grotesco, que era lo peor que podían hacer para sacar a Schaer de quicio.

—¡Les he preguntado…!

Daven levantó una mano, para ponérsela delante de la cara y empujarlo.

—¡Cállese, imbécil…!

—¡Procure que la policía no nos moleste! —agregó Gauly.

—¡Ay de usted si nos complicara! —amenazó Wacker.

Jos Schaer había subido unos peldaños de la escalinata. Los tres se encontraban al pie de la escalera.

Los secuaces de Schaer formaban un semicírculo, detrás de los personajes; Schaer movió las cejas, y los secuaces se lanzaron sobre los tres, tapándoles la boca, y llevándoselos con los pies arrastrando.

Los dos coches en que habían llegado Schaer y su pandilla, se pusieron a dar estruendosas aceleradas. Fue, en el momento en que en una de las cabinas para los coches se producían varias detonaciones.

Schaer se había metido en la casa. A los pocos minutos apareció, con una cartera de cuero. Subió en uno de los coches.

Los individuos que se llevaban a los tres personajes ya habían salido de la cabina. La puerta corrediza estaba cerrada.

Los dos coches se llenaron de gente, todos provistos de metralletas.

Enfilaron una de las carreteras que conducía a un bosque. Allí los coches se separarían. Schaer les daría dinero y consignas.

Quien cayera en poder de la policía, debía callar, aunque se viera a dos pasos de la cámara de gas.

—Hay que ganar tiempo —les dijo Schaer, ya en el bosque—. Tan pronto esto se enfríe, entrarán en acción los muchos resortes de que dispongo… Nada ocurrirá.

No había peligro de que le bloquearan la cuenta corriente. Schaer contaba con otros medios, que no estaban al alcance de la policía.

Eso por lo menos creía él, aquella mañana…

# CAPÍTULO VI

No podía perder tiempo en raspar las piedras y abrió una con un golpe de pico.

Selly ahogó una exclamación. Era como si dentro de la piedra hubiese aparecido un reptil, que se hubiese procurado un nido para invernar.

Un serpentín de plástico transparentaba los granos que contenía.

Roy destapó el tubo, puso polvo en la yema de un dedo y lo acercó a la boca.

—Heroína...

Tapó el tubo, dio con el pico a la otra piedra, y apareció otro serpentín.

Parecía que la droga estuviera haciendo efecto en Roy y Selly, por la forma con que se comportaron a partir de aquel momento. En la mirada de ambos había un brillo inusitado.

—¡Aquí no estamos bien...! —dijo Selly—. ¡Schaer no nos dejará salir con estas pruebas...!

—¡Sí, vámonos...!

No confiaban en que la policía apareciera por allí.

Ellos mismos habían pedido que se mantuvieran lejos de la vigilancia de Schaer.

—¡Iremos a pie! —propuso Roy—. ¡Tú conoces estos montés...!

—¡Sí! Tenemos provisiones para soportar varias jornadas...

Eso en el supuesto de que la policía de Los Ángeles llevase demasiado a rajatabla la recomendación que Roy y Selly les habían hecho, de no aparecer por aquella área.

Según la dirección que tomasen, corrían el riesgo de colocarse en la zona donde se encontraba Schaer y la pandilla, en plan también de efectuar largas marchas a pie.

Por deducción, decidieron Roy y Selly tomar el rumbo de “La Cantera”.

—Schaer ya debe saber que allí ha estado la policía. No se atreverá a acercarse —dijo Roy.

Pensaban en el coche que vieron salir aquella madrugada, muy cerca de donde ellos tenían el suyo, conducido por un borracho o un hombre herido.

Hasta alejarse de los montes en que se encontraban los “bungalow”, ninguno de los dos habló, atentos a cualquier arbusto que vieran moverse.

Estas precauciones les obligaron a una marcha lenta. Pero consiguieron que nadie les viera.

Al mediodía llegaron a un desfiladero desde el que podían ver varios caminos vecinales. Se sentaron entre unas rocas, para descansar.

Cada uno llevaba una mochila a la espalda. Se la quitaron. Selly se esponjó la cabellera y aspiró con fuerza. La blusa se le había adherido al busto, revelando los prodigiosos contornos.

Se encontró de pronto con la mirada de Roy.

—Eres endiabladamente hermosa, Selly... Y yo he tenido la desgracia de tomar parte en la más estúpida comedia...

Ella no esquivó la mirada de Roy, a pesar de que veía en sus ojos algo muy inquietante.

—¿Por qué?

—¿Imaginas las chuflas de los compañeros, cuando se sepa esta farsa...?

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien... Cuando verdaderamente tengas tu viaje de boda, quizá me recuerdes: "¡Aquel tonto...!"

Selly endureció el gesto y miró para otro sitio.

—¡No lo estropees ahora! ¡Íbamos muy bien! —dijo ásperamente.

—¿Y qué tiene que ver esto, para que vayamos mal? Yo no, he querido decir otra cosa que siento mucho que todo no haya sido verdad —replicó Roy, poniéndose de pie y quedando de cara al nudo de carreteras que se veían abajo—. ¿Existe ya el hombre que te "preocupa"?

Estaba de espaldas a ella. Selly elevó la mirada, recorriendo lentamente la figura de Roy. Mientras tanto, sus labios, carnosos, de un trazo incitante, empezaron a sonreír.

—Es posible...

—¿Lo conozco?

Selly se puso de pie y se sacudió los pantalones.

—Preguntas demasiado... ¿Reanudamos la marcha?

Roy no contestó, de espaldas a ella.

—¿No estamos aquí demasiado a la vista? —volvió a preguntar Selly.



*—¿Aquí, policía?*

Roy, sin volverse, extendió una mano hacia atrás.

—¡Dame los prismáticos! —pidió, con entonación afectada.

—¿Qué ocurre? —preguntó, al darle los prismáticos.

—¡Hay un coche despeñado...!

Le pasó el aparato a Selly. El coche se encontraba medio inclinado, en el cauce de una torrentera. Del camino del que había salido, al fondo de la torrentera, había poca altura.

A nadie se veía dentro del coche. Pero podía encontrarse entre los guijarros.

Se encaminaron allí, procurando seguir los regueros que podían servirles de defensa, en el caso de ser sorprendidos por el enemigo.

No había nadie en el coche, pero encontraron rastros de sangre.

Dentro del coche, en el asiento del volante era donde más había. Después de examinar en silencio los alrededores, Roy y Selly se miraron.

—¿En quién piensas? —preguntó Selly.

—En el individuo que herí en la "La Cantera"...

—¿Buscamos? —preguntó Selly.

—¿Para qué? —contestó, alto—. ¡Vámonos por allí!

Señaló al cruce de carreteras. Selly inició un gesto de extrañeza. Aquella ruta iba a resultar demasiado peligrosa.

Empezó a volverse, para mirar a Roy, cuando este se le echó encima, derribándola tras unas rocas.

En ese momento silbó un proyectil. Manteniendo a la muchacha contra el suelo, dijo Roy:

—Siguiendo el rastro, casi me puse encima de él... Le vi los pies. No sabía si estaba desangrado y retrocedí a tu lado...

Acababan de comprobar que los estaba apuntando.

—Voy a rodearlo —dijo Roy—. Tú cúbreme, disparándole desde aquí... Procura no dar.

—¿Estás loco? ¡Una fiera acosada es lo más peligroso...!

—Interesa vivo. Ese no podrá negar que ha estado en "La Cantera".

Iba Selly a protestar, cuando él le agarró la cara con las dos manos y le estampó un beso en los labios.

—¡Por qué no seré yo el hombre que te "preocupa"...!

Y escapó por una hendidura que cortaba una margen de la torrentera. Al instante se encontraba en el camino, de donde se había salido el coche.

El individuo hizo dos disparos. Selly le contestó, apuntando al borde de la roca que lo cubría.

El individuo asomó la cara. Durante una fracción de segundo Selly lo tuvo a tiro. Pero desvió el disparo.

A punto estuvo de lanzar un grito de alegría. Había reconocido al individuo. Era Elkin, el brazo derecho de Schaer.

Pero la alegría de Selly se nubló enseguida al ver que Elkin se ponía a disparar hacia el camino, por dónde iba Roy.

—¡Lleva cuidado, Roy…! ¡Lleva cuidado…! —gritó Selly.

Era como un mensaje, como una respuesta a lo que antes él le preguntó. Desde hacía mucho tiempo, era Roy, aún sin conocerlo personalmente, el hombre que la había “preocupado”. Bud sí se fue a la tumba conociendo esto que ni ella misma se había confesado.

Roy no podía oírla, porque ya se había enzarzado a tiros con el adversario, disparando y corriendo, contando con que Selly le ayudaría, atrayendo su atención.

Cuando la muchacha se dio cuenta de que con su ansiedad por lo que a Roy le pudiera ocurrir no hacía otra cosa que favorecer al enemigo, continuó disparando.

Elkin dio de pronto un salto, haciendo los dos últimos disparos en dirección a la figura que se le venía encima: la de Roy. Pero este había hecho solo un amago de saltar desde el borde del camino.

Cuando Elkin hizo los dos últimos disparos, Roy ya había dado un salto atrás, dejándose caer.

Selly lanzó un grito. Elkin soltó el arma y se puso brazos en alto.

La muchacha, con los ojos llenos de angustia y odio, echó a andar hacia el “gangster”.

—¡Perro cobarde…! ¡Ahora levantas los brazos…!

Cuando ya no le quedaba munición. Era el recurso del rufián. Ahora se ponía al amparo de los que sabía que respetaban las normas del juego: no disparar contra el que no se defiende.

—¡Roy…! ¡Habla! —pidió Selly, deteniéndose a unos seis pasos de Elkin, los ojos llenos de fuego.

El “gangster” tenía un muslo atravesado. Se había cortado el pantalón y se había vendado la herida con un trozo de camisa.

Roy hubiera prolongado aquella ansiedad en que veía a Selly. Pero la idea de que la muchacha disparase contra Elkin, le impulsó a hablar.

—No es nada… Un poco molido por el porrazo —dijo, simulando hacer dolorosos esfuerzos para levantarse.

Pudo ver el perfecto perfil de Selly. Las aceleradas palpitaciones de su busto, cuando dijo, mirando al “gangster”:

—¡Eso te salva…! Porque has de saber… que yo no hubiera respetado ninguna ley… ¡Matasteis a Bud…! ¡Ay de ti, si a Roy…!

El “gangster” leyó la muerte en los ojos de Selly. No podía ser más hermosa la página en que lo veía escrito. Esto influyó para que la muerte le pareciese más terrible, sabiendo que había tanta belleza y vitalidad al otro lado de la raya.

—¡No…! ¡Usted no puede matarme…! ¡Yo no he hecho más que defenderme…!

—Y eso es lo que vas a hacer, a partir de ahora —dijo Roy, descendiendo de un salto, plantándose al lado de Elkin—. ¿Sabes que tu jefe huye a la desesperada...?

El individuo perdió súbitamente su gesto de pánico, para expresar burla.

—¡Venga un cuento mejor, amigo...!

—¿No lo crees? ¿Tan difícil te es suponer a Schaer corriendo como una liebre? A ver este otro cuento qué te parece...

Y Roy habló de las piedras sometidas a un proceso químico, que durante unos treinta segundos cambiaban de color, cuando recibían el sol a la altura clave.

La cara de Elkin pareció en aquel momento estar sometida al fenómeno químico, y recibir las salpicaduras de la uña sanguinolenta del sol, en el momento de asomar por el horizonte.

Quedó blanco. La sangre perdida en las últimas horas apagó todo su vigor, en un relámpago.

Elkin se desplomó, convertido en un guiñapo.

—Tu jefe huye... Él cuenta con la heroína esparcida por todo el país. Se salvará él, pero tú irás a la cámara de gas —dijo Roy.

Elkin estaba de bruces, arañando el suelo.

—¡Si me abandona... lo sentirá...! ¡Schaer sabe... que puedo cerrar... todos los grifos...!

Roy miró a Selly. Los ojos de la joven se hincaban en el rostro del agente. La mirada de Roy le preguntaba: “¿Valía la pena cogerlo vivo?”

Sí, valía la pena. Como policía, Selly reconocía que sí. Como mujer, dado su temperamento, ya dudaba de que el resultado que se podía sacar de tener a Elkin vivo, compensase los perjuicios.

Creía haber manifestado demasiado a lo vivo la clase de sentimientos que Roy le inspiraba.

¡Roy Loew! ¡El “agente modelo!” El que siempre había sabido sortear teda clase de trampas, tanto de los “gangsters” como de las sirenas...

¿Iba a marcharse de California, con otro triunfo en su historial amoroso? Esto era lo que en aquellos momentos ocupaba la mente de Selly.

Para nada pensaba que toda una red de traficantes de estupefacientes acababa de quedar con las raíces fuera. En este momento, el mundo de Selly se había reducido a ella misma, a su orgullo de mujer, siempre admirada, siempre dominando a los que la rodeaban.

—¡Hemos corrido un riesgo imbécil! —exclamó Selly, volviendo la espalda a los dos, y yendo hacia donde habían quedado las mochilas.

—Estás nerviosa —contestó Roy—. Trae algo con que curar a nuestro “amigo”...

Ella obedeció sin chistar. Sabía que Roy tenía razón, desde su punto de

vista.

Un rato después, cuando ya vendado Elkin estaba Roy calculando el camino que seguirían, divisaron un coche viejo, que iba despacio por el camino del cual había salido el coche del “gangster”.

—Voy a ver. Será un granjero —dijo Roy.

Era un guardabosques. Se acercaba porque desde su cabaña le había parecido que algo malo ocurría abajo.

—¿Tiene teléfono? —le preguntó Roy, después de darse a conocer como agente.

—¡Claro que sí…!

Viejo era el coche. Pero a Roy y a Selly les pareció el vehículo más rápido y más confortable.

Media hora más tarde se encontraban en una cabaña de troncos. La madera era nada más una nota decorativa. Por dentro, era una casa de ladrillo.

Al colocarse ante el teléfono, Roy dijo:

—Sé tú quien dé la noticia…

—¿Por qué yo?

—Porque si hablo ahora con el inspector Urner, es posible que me desmande, por elegirme para esta perra jugada.

—¡No ha habido ninguna perra jugada…! Te metimos en esta misión, porque Bud lo pidió en sus notas. Has podido leerlo…

Roy, después de observar unos momentos el bello rostro de Selly, se echó a reír.

—Es cierto… ¿Y en qué pude yo molestar a Bud? Siempre fuimos buenos amigos. ¿Por qué me echaría a tu paso?

No esperó respuesta. Salió de la habitación, dejándola sola frente al teléfono.

Selly, maquinalmente, marcó un número. Y momentos después, se puso a hablar. Y a hablar…

Su mirada parecía ausente. Diríase que su atención estaba muy al margen de lo que en aquellos momentos expresaban sus palabras.

Sin embargo, sabía que en el Departamento de policía en Los Ángeles, a aquellas horas, lo que ella estaba comunicando producía el efecto de un terremoto.

Los medios de comunicación se lanzaron a una actividad extraordinaria. En cinta magnetofónica iban recogiéndose todas las palabras de Selly.

El inspector Urner exclamó, sin aguardar a que ella terminara:

—¡Estaba seguro, Selly! ¡Usted y Roy son la pareja de agentes que constituirán nuestro orgullo…!

—Tendrán que guardar ese orgullo como se guardan las copas ganadas en torneo —replicó Selly.

—¿Cómo dice?

—Esta pareja de agentes pasan a la reserva... Roy se propone abrir su bufete de abogado...

—Bah. El cuento de siempre, pero en el último momento se le olvida.

—Esta vez no.

—¡Ya me ayudará usted...!

—No lo espere. Hacen falta buenos abogados...

—Bien. Pero eso no explica que usted también se aparte. ¿Qué planes tiene?

—Adivine...

Selly volvió enseguida a tratar de lo ocurrido hasta aquellas horas. Convinieron en no moverse de la cabaña, hasta que llegaran refuerzos.

Roy entró de pronto en la habitación.

—¡Déjame!

Ella le pasó el auricular, creyendo que había oído y se disponía a bromear con su superior.

—¡Escuche, inspector! ¡No conviene que se sepa que Elkin está bajo nuestro poder...!

Urner contestó que ya habían pensado en ello. Y preguntó si el individuo se mostraba propicio a colaborar.

—¡Sí...! Me acaba de asegurar que conoce en qué ciudades, y en qué edificios guarda droga Schaer. Antes de que los periódicos den la noticia del descalabro, importaría extender un ramal de agentes por todas esas ciudades. Schaer debe disponer de muchos cómplices, que si se alarman, se dispondrán a desaparecer con la "mercancía"... Ahora Elkin va a trazar unos croquis, a medida que vaya recordando el lugar donde hay piedras minadas...

El inspector Urner no hacía más que aprobar, cada vez más entusiasmado. Y al final dijo algo que a Roy extrañó.

Cuando dejó el teléfono, miró a Selly.

—El inspector Urner dice que la piedra que me echaba a la cara, le ha dado a él en un ojo... ¿Tú lo entiendes?

—Y tú también. Tal vez esperaba que tú te enamoraras de mí...

Él la interrumpió.

—Y me he enamorado.

Ella se encogió de hombros.

—Pero él puede no creerlo.

Salieron para ir recogiendo los informes que Elkin iba trazando, y transmitirlos enseguida al Departamento.

* * *

Estuvieron al día siguiente frente a los demás "bungalow", y la casa de Schaer. Los cadáveres de Wacker, Gauly y Daven habían sido retirados el

día anterior.

—¿Qué esperaría Schaer evitar matándolos? —preguntó Roy, cuando tuvo noticia de esas muertes.

—Que no conociéramos los distintos escondites, supongo —contestó Selly.

—No creo que esos individuos supieran mucho.

Para el amanecer convinieron con el inspector Urner esperar en la finca de Schaer. Toda la gente que había por allí la mañana del tiroteo, marchó a la ciudad, abandonando todo.

Aquello daba el efecto de una ciudad fantasma, tal era la quietud, sin más ruido que los golpes de las puertas que habían quedado abiertas.

En Los Ángeles se procedía a la detención de los que se suponían sospechosos y lo parecían la mayoría de los que habían abandonado la finca de Schaer.

Selly, pese al agotamiento que sentía, quiso estar presente aquel amanecer. Se colocó al lado de Roy. Este se había reservado el edificio de Schaer.

Otros agentes observaban los “bungalow”.

—¿Qué le hace suponer que en este edificio, precisamente el que Schaer se reservó para vivienda, pueda encontrarse droga? —preguntó el inspector Urner.

—El cinismo de Schaer. Y su gusto a desafiar el peligro...

Roy acertó. Se encontraron en un lado de la casa, el lado que miraba al Este, tres piedras. Una de ellas contenía doble cantidad de heroína, que todos los demás depósitos juntos.

En los “bungalow” no hallaron. Por lo menos, ningún agente vio que alguna piedra palideciera.

—¿No será que no saben distinguir matices? —preguntó Urner, preocupado. Y mirando a Roy y a Selly—: Debían quedarse aquí por unos cuantos días... Estarían bien protegidos.

—Si hay algo aquí, no corre prisa en encontrarlo —contestó Roy—. Ahora, si es que puede contar mi parecer...

—Desde luego, Roy. ¿Cuándo no se ha tenido en cuenta?

—Cuando bajé del avión que me traía de Honolulú —y miró a Selly.

La muchacha enrojeció.

—No había tiempo para consultarle. Schaer estaba receloso —dijo ella.

—¡Schaer! —rezongó Urner, para distraer a Roy—. ¡Ni que se lo hubiera tragado la tierra...! Hemos detenido a dos que iban con él... pero juran que no tienen idea a dónde ha podido dirigirse.

Roy se encogió de hombros.

—Voy a sacar mi ropa del “bungalow” —y mirando a Selly—: Algo tuyo queda allí.

—Voy contigo.

Momentos después, cada uno quedaba en una habitación. Roy sacó todo del armarlo y procedió a meterlo en las maletas.

La puerta de paso había quedado entreabierta.

—¿Te quedarás en Los Ángeles unos días, supongo? —preguntó Selly desde la otra habitación.

—No. Ya redacté anoche un detallado informe de todo lo que hice en Bangkok. El averiguar quién era el cadáver que llevaba el avión en que iba Bud, es tarea de otros… ¿Qué hacemos con la ropa de Bud?

—Dejarla ahí. El inspector se la llevará —contestó Selly.

Y después de una pausa, fue otra vez Selly quien rompió el silencio.

—Tienes motivos para no querer quedarte unos días en los Ángeles. Los periodistas no te dejarían en paz.

—¿Solo los periodistas? ¿Y te olvidas de los agentes de tu brigada? ¡Vaya los compadres, cómo me miran…! ¡Ni que por mí culpa les hubiesen quitado la paga del mes…!

Selly se echó a reír. Y abrió la puerta, recostándose contra el marco.

—No les ha gustado que me arriesgara a salir sola… contigo.

—¿Te han visto practicar el judo?

—Todos lo practicamos.

—Pero ¿te han visto derribar con la facilidad que lo hiciste cuando Schaer te tenía cogida?

—No pretenderás hacerme creer que tú no hubieras podido con él.

—Tal como te tenía cogida… Uno no puede jugar con la ventaja que una muchacha como tú lo hace. En lo que menos piensa uno, ante una belleza así, es ponerse en guardia —iba acercándose, sonriéndole.

Ella lo adivinó, y se puso seria.

—No lo intentes, Roy…

—¿El qué?

—Nunca me has besado por sorpresa. Antes de que lo hicieras te veía la intención en los ojos… Renuncia a hacerte el gracioso…

—¡Pero, Selly…! Si yo lo que quería era decirte… que quizá a ti también te conviniera alejarte de la ciudad unos días.

—¿Para ir a dónde? —preguntó, intrigada.

—Por ejemplo…

Y rápidamente le pasó una mano por la cintura y elevó la otra, para cogerle la nuca, inmovilizarle la cabeza y poder saborear un prolongado beso.

Pero instantáneamente Roy fue por los aires. Y quedó sentado en el suelo.

Iba a reír. Pero el brillo que apareció en los ojos de Selly, un brillo que se le antojó de mujer engreída, le hizo ponerse serio.

—Puesto que no tienes sentido del humor, puedes irte al diablo…

Roy no podía adivinar que lo que menos podía ella tolerarle en aquellos

momentos, era aquel aire de juego. Para Selly, aquel momento en que quizá iban a separarse para siempre, era muy serio, muy grave.

—Te advertí que no lo intentaras —contestó, suavizando el tono—. ¿A dónde querías que fuera...?

—¡Al infierno! —le espetó Roy.

Se levantó y se puso a cerrar maletas. Ella aguardó unos momentos. Viendo que Roy no cambiaba de actitud se metió en su habitación, dando un portazo, y al momento se oían sus rápidos pasos por el corredor, hacia la escalera.

Abajo estuvo aguardando, sentada al volante. Roy bajó con las maletas, las dejó en el asiento trasero, se sentó al lado de ella, y el coche arrancó.

Roy volvió la cabeza, miró el “bungalow” y soltó un fuerte respiro:

—¡Vaya pesadilla! —exclamó.

Selly apretó el acelerador y por unos momentos pareció que el potente coche fuera a saltar hacia la copa de los árboles.

En la escalinata de la casa de Schaer les aguardaban el inspector Urner y varios policías de la brigada de Selly. Todos tenían cara de bulla.

Roy se dio cuenta enseguida, pero no dijo nada. Ella, SÍ:

—¿Qué les pasa?

—Me olvidé de desconectar los micrófonos —dijo el inspector Urner—. Todos los “bungalow” tienen conexión con el despacho de Schaer...

La muchacha enrojeció de cólera.

—¡Qué estupidez...!

Habían oído cómo ella se defendió de Roy, pero también habían podido escuchar que ella confesaba haberse dejado besar por él.

Roy encendió un cigarrillo, en actitud pensativa.

—¿Todo recogido? —preguntó el inspector, ya en tono serio.

—Sí.

—¿Deja hoy Los Ángeles?

—Puesto que lo ha oído...

—Pero no oímos a dónde pensaba ir.

—A Washington.

—Ya sé a qué —dijo el inspector.

Roy lo miró alarmado.

—A lo mejor se equivoca.

—No. Va a presentar la renuncia... Usted siempre ha estado ilusionado con abrir el bufete.

—¿Es algo malo?

—No he dicho tal cosa.

Había dos coches dispuestos a salir, con varios agentes, hacia la ciudad.

—Pueden ir con ellos —sugirió Urner.

Un coche pasó delante. A continuación, el que conducía Selly. Luego, otro, repleto de agentes.

—Si no hablamos, mis compañeros darán demasiada importancia al batacazo —dijo Selly.

—A mí me da lo mismo que me miren bien o mal. No he de volverlos a ver...

Era tanto como decir que no la vería más. Selly apretó los dientes y el volante acusó unos movimientos nerviosos.

—Estaría bueno que me acompañaras al aeródromo —siguió Roy, en tono ligero—. Y que me despidieras como me recibiste: “¡Roy querido!” Y un beso...

Ella volvió la cabeza, acuchillándole con unos ojos muy brillantes. Era por el tono de chuña que él empleaba.

—¡Si fuera necesario, lo haría...!

—Ya lo sé... Pero no lo es.

—No lo es, en efecto.

⋆ ⋆ ⋆

Y si hubiera sido necesario, no hubiera podido Selly acudir a despedirlo, porque salió mucho antes de lo que el mismo Roy esperaba.

Fue una oportunidad, salir en un avión oficial que se detuvo en Los Ángeles muy pocos minutos.

Ya en Washington, Roy se presentó a su Departamento y de nuevo informó. Allí se enteró que ya se tenía una pista del rumbo que tomó el avión donde iba Bud. Uno de los pequeños aeródromos de una república vecina, había dado cuenta de un aparato abandonado por su tripulación. Aterrizó alegando averías en uno de los motores...

—Será ese aparato. El cadáver lo echarían al mar —le dijo el jefe del Departamento—. Se tratará de algún secuaz de Schaer, con documentación falsa... Las piedras parece que eran cargadas en una lancha pesquera, cerca de Los Ángeles. Luego pasaban a un buque de línea...

Pero lo que a Roy interesaba era la vigilancia que se pudiera tener sobre los posibles depósitos, según los croquis facilitados por el lugarteniente de Schaer.

—Los cinco sitios señalados, están bajo una discreta vigilancia —le contestaron.

Dos, en Nueva York. Uno, en Chicago. Otro, en Nueva Orleans. Y por último, uno en Kansas City.

—Lo extraño es que no haya habido ninguno en Washington —dijo Roy.

—¡Eso ya hubiera sido el colmo...!

—Schaer es un maníaco. Ha convertido el desafiar el riesgo, en excitante droga. No hubiera sido extraño que hubiera puesto alguno de sus depósitos en la misma Casa Blanca, si encontraba oportunidad para que sus albañiles hicieran alguna “reparación”...

A continuación expuso su deseo de emprender la profesión de abogado.

—Tómese un descanso… Ya hablaremos de eso más tarde.

—Esta vez no cambiaré —dijo Roy, al marcharse.

Lo que hizo fue cambiar de pensión, sin dejar señas de a dónde se dirigía. Siguió en Washington, pero nadie lo veía.

Tenía muchas amistades y las empleó para conseguir que se corriera la voz de que se había ido de Washington. Sus amigos creían verdaderamente que se había marchado.

⋆ ⋆ ⋆

Las terrazas del primer piso daban al río. El hotel era de reciente construcción, uno de los mejores de Washington.

Las terrazas se dividían por muros, cuya piedra se cubría casi por completo por plantas trepadoras.

Uno de los muros miraba al este.

Una madrugada, la vegetación que cubría esta pared empezó a caer, a golpe de tijera. Se procuraba hacer el menor ruido para no llamar la atención del que ocupaba el apartamento correspondiente a aquella terraza.

Aparte la cautela que se empleó para cortar la vegetación, se tuvo luego para recoger todas las hojas que cayeron al suelo.

Hecho el trabajo, dos sombras se agazaparon en un rincón de la terraza, donde habían dejado unas herramientas de construcción.

Allí estuvieron una hora larga. Y empezó a amanecer…

Desde el rincón, los dos individuos observaban la lámina de oro y sangre, lamiendo lo alto del muro.

Tan absortos estaban, que no advirtieron que la puerta de la habitación se abría lentamente. Los dos individuos, acuclillados, avanzaron hacia el centro del muro, donde ya estaba dando la luz del sol.

Uno de los individuos extendió un brazo y señaló:

—¡Ese…!

—¡Gracias, Schaer! —dijeron desde la puerta.

Los dos individuos saltaron, cada uno con una metralleta, dispuestos a barrer a cuantos apareciesen en la puerta. Pero se encontraron con un solo hombre, que se envolvía con un batín de seda.

De uno de los bolsillos había sacado una pistola. En el momento en que Schaer y su compinche giraron para encararle las metralletas, Roy se puso a disparar.

A Schaer solo quería desarmarlo, pero fue imposible. Aun herido en el brazo, levantó la metralleta, buscando la cara de Roy.

El agente tuvo que agacharse y disparar de nuevo, al tiempo que Schaer soltaba un ráfaga a lo alto.

En la segunda planta del hotel había algunas cabezas mirándoles, que a

la descarga tuvieron que retirarse unos segundos.

Cuando de nuevo asomaron, vieron a los dos individuos que durante la noche habían realizado la tarea de poda, tendidos de bruces.

El joven del batín pasó junto a ellos, sin mirarlos, y al llegar frente a la piedra que Schaer había señalado con un dedo, la marcó con lápiz.

—¿Satisfecho? —preguntó uno de los que se asomaban en un balcón del segundo piso.

Al mirarlo Roy, hizo una mueca.

—Debí figurármelo. Sus pasos me recordaban algo...

El que le había hablado se hallaba sobre la habitación de Roy.

—Tal vez a un jumento —contestó el otro.

Era el inspector Urner. Momentos después, ya en la habitación de Roy, remachó:

—¡Sí, un jumento, eso es lo que soy...! ¡Tonto de mí, que al saber que habías desaparecido de Washington, pensé que te habías ido tras de Selly...!

—¿Y cómo cayó en que me encontraba aquí?

—Porque era muy extraño que Schaer no hubiese puesto nada en Washington, donde venía tantas veces, para sonreír al Departamento.

Entraron agentes con herramientas más prácticas que las que Schaer y su compinche habían traído. De todos los balcones de la fachada les miraban.

Mientras los agentes procedían a sacar la piedra señalada con lápiz, Roy dijo:

—Por algo más lo ha deducido... ¿Confesó Elkin...? Él me dio palabra...

—¡Palabra de rufián! —exclamó el inspector.

Y se echó a reír. Luego, sin mirar a Roy, declaró:

—Elkin nada ha dicho de este depósito. Si a usted le prometió callar, porque usted se lo pidió, mantuvo su promesa... Tal vez con la esperanza de que el jefe recobrara lo que aquí pueda haber y agradecido, se acordara del que había sabido callar... ¡Pobre iluso...!

—Entonces, ¿cómo lo ha sabido?

—Selly les oyó en la cabaña del guardabosques.

Roy hizo un gesto sardónico.

—¡Más le valiera...!

—Cuidado. Puede oírte.

Esto afectó a Roy. Y miró a su alrededor.

—¿Es que está aquí?

El inspector elevó los ojos, señalando la habitación contigua a la suya.

—¿Desde cuándo? —volvió a preguntar Roy, por momentos más afectado.

Lo que no habían conseguido dos metralletas en manos de los "gangsters", lo lograba la sola idea de que Selly estuviese cerca de él.

—En Washington, desde hace tres días. En este hotel, desde ayer, lo mismo que yo.

Roy hizo un gesto de disgusto.

—¡Han podido estropearlo...!

—Ya ves que no. Era necesario que estuviéramos presentes en el mayor botín...

En los alrededores del hotel había otros agentes. Un coche, que apenas amaneció se puso en marcha, al oír tiroteo intentó arrancar. Se le colocó delante un coche de la policía, mientras varios agentes irrumpían de los portales, pistola en mano. Los secuaces de Schaer se entregaron.

—Quizá a estas horas ya han aparecido en los depósitos de Nueva York y Chicago —dijo el inspector.

—Quizá no. No den la noticia de que ha caído Schaer.

—Eso pensamos.

Fue un acierto, porque se consiguió que los compinches que tenían por misión hacerse con los otros depósitos, al día siguiente cayeron en el cepo.

El serpentín cogido en la terraza del hotel contenía droga y diamantes sin tallar. Roy no esperó a ver lo que salía de la piedra. Le interesaba más acercarse a Selly.

Sin quitarse el batín, subió a la otra planta y llamó en la habitación de Selly. Así le recibió ella, también envuelta en un salto de cama.

—¿Qué haces en Washington? —preguntó, entrando y sentándose en un sillón.

Cogió un cigarrillo de encima de la mesa y lo encendió. Selly había cerrado, apoyando la espalda contra la puerta, mirándolo.

—¿Has venido a reformar el Departamento? —siguió preguntando Roy.

Ya estaba otra vez el tono de chufla, cuando Selly, por el miedo pasado momentos antes, estaba a punto de romper en llanto.

—¡He venido a...! —prorrumpió, buscando un tono colérico.

La voz se le cortó. Con paso enérgico se acercó a la mesita y cogió un cigarrillo. Él se levantó y le acercó el mechero.

Los dos, con el cigarrillo en los labios, quedaron mirándose.

—Aplícame una llave... y te estrangulo —dijo Roy, quitándole el cigarrillo de la boca.

Se abrazaron, los labios unidos. Al separarse, Roy murmuró:

—Te quiere, Selly... Aunque te parezca ridículo, estoy temblando... Tu belleza me ha aplicado una llave que me ha inutilizado...

Se quedaron mirándose, sonriendo los dos. En ese momento sonó el teléfono. Lo cogió Roy.

—¡Mal, muy mal! —exclamó.

Y tapando el micrófono, dijo a Selly:

—Es el inspector. Pregunta cómo vamos...

Urner chillaba por el aparato:

”—... ¡Escuche, Roy! ¡Tengo la cinta magnetofónica en que Selly me anunciaba que usted y ella se retiraban! ¡Recuérdeselo...!

Selly podía oírle. Y acercándose al micrófono:

—¡Oiga esto, inspector...!

Sonó un beso. Tras un silencio, el inspector emitió un gruñido. Luego:

”—¡Oiga, pareja!... ¿Quieren encargarse de localizar los depósitos en la finca de Schaer? ¡Buen sitio para la luna de miel...!

—¡¡No!! —dijeron los dos.

”—¿Por qué no?

Roy, mientras la estrechaba pasándole una mano por la cintura, dijo:

—Misión en que haya que madrugar... ni lo sueñe por ahora...

FIN










# MARABU ZAS

160 páginas
Dibujos a dos tintas
Cubierta a todo color
Precio: 20 ptas.




En plena forma
4.000 años de piratería
Supere su timidez
El año 2.000 según las profecías
Complejos
El jazz
La aviación moderna
¡Bailemos!
Intérprete sus sueños
Papas y concilios
La grafología
Historia del Club de Fútbol Barcelona
Los cohetes
Timos
Historia del Real Madrid



*Para encontrar la respuesta...*

**NO**

es necesario consultar cien libros

**ZAS**

tiene cien respuestas







**pequeños libros de gran contenido**

**24** títulos publicados
**300** en preparación

Precio 20 ptas.

# FIRMAS QUE REPRESENTAN A
# EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
# EN LOS PAISES QUE SE CITAN

---

**REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

**BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

**COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

**COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

**CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

**CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

**DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

**ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

**GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

**MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

**PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

**PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - LA ASUNCION.

**PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

**PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

**SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

**URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

**VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N.º 1480

## Genevieve Page

Genevieve Bonjean, nació en París. Ultimamente ha rodado en España "El Cid". De entre sus películas destacamos "Noches andaluzas", "Sueño de amor" e "Intriga extranjera".



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain